

6080 - MAY 41

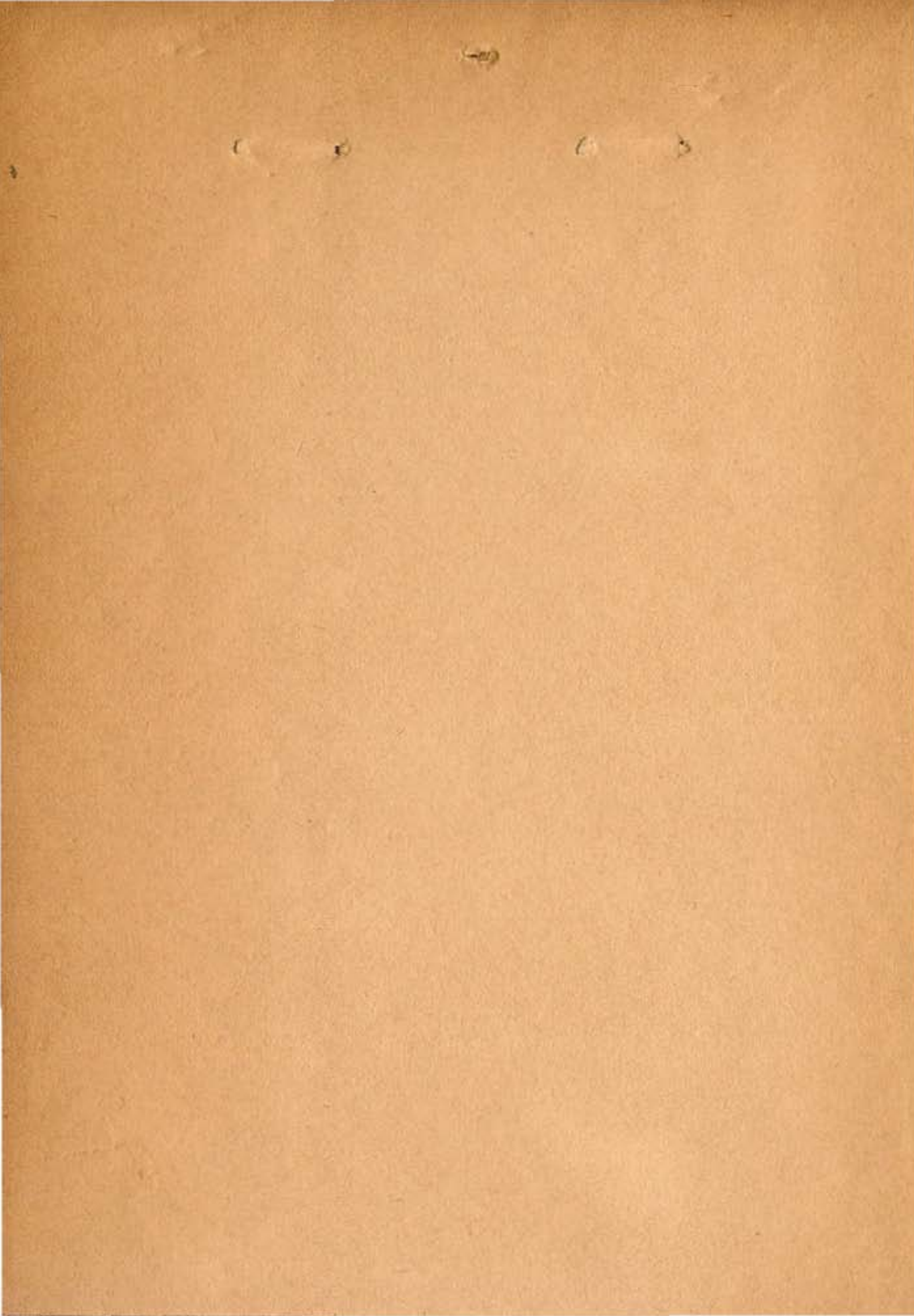
E M I L I O L E Ó N

EXP. 6080 - M. - 1941

Un
Importante Problema
Arqueológico

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

1939 :: BEST HERMANOS :: MENDOZA



34.797

O. R.
C. N. de E.

EMILIO LEÓN

UN IMPORTANTE PROBLEMA ARQUEOLÓGICO

Los estribos indianos hallados
en los Tchenques de Malal-Hué
(ó un poco de historia del Far-West
Argentino.)

Las vehementes sospechas de que este
punto fué la terminación de la odisea
de Anco Allo y sus ocho mil changos
derrotados en Chile y que emigraron
del Perú huyendo del yugo del
Conquistador

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

132 X 178

P R Ó L O G O

Presento este trabajo guiado por el único afán de aportar mis observaciones sobre el terreno; terreno en el que flota la leyenda y la tradición y que como pocos, tiene asegurado un lugar prominente en la historia del pasado; Primero: Por sus escenarios dignos de acciones tan heroicas y dramáticas; Segundo: Por la calidad de los protagonistas; Tercero: Por la cantidad de objetos, obras y leyendas que existen dispersos en todo su suelo y Cuarto: Por ser, sin duda ninguna, el punto terminal de la odisea de Anco-Allo y sus ocho mil indios, que prefirieron emigrar haciendo abandono de todo, hasta el suelo que les vió nacer, antes que aceptar el yugo de la esclavitud. ¡Bello gesto de aquella raza que se disgregó a merced de su propia suerte a través de un continente, haciendo un viaje de más de trescientas leguas en procura de la libertad que les fué violentamente arrebatada por los intrusos que hollaron su suelo! Ese terreno histórico, es el de Malal Hue, lugar donde el hombre de estudio tiene un campo de observación digno de su capacidad; hasta se han hallado dibujos rupestres en una caverna ubicada en Rincón del Atuel, descubrimiento hecho por el Profesor Manuel Tellechea y que tiene signos cuya semejanza es idéntica a la de los adornos de los indios Aymarás (?) de Bolivia, como puede constatarse fácilmente comparando estos signos con los de la toca o gorra de un grabado de El Tesoro de la Juventud. corres-

pendiente el capítulo: Habitantes de América del Sur (Indio Aymará). ¿Qué razón existe para que estos dibujos se hayan encontrado a tan larga distancia del Perú, en un lugar que ha sido un apostadero indígena, en cuyo interior los indios, quizá en momentos de ocio, se dedicaron a adornar las murallas con dibujos de sus lejanos pagos y que a la vez tendría la virtud de una evocación?

El material y el tema del pasado de nuestro suelo se pierde en la nebulosa del tiempo, pero en el caso de Malal-Hué, no es aventurado decir y casi asegurar: Que en su suelo imperaron los Quechuas (?) y que legaron sus costumbres, hábitos y caracteres raciales amén de su lengua, la que se ve dispersa por doquier en los nombres regionales y en las palabras de sus descendientes. Por eso, al entregar esta modesta colaboración a la digna consideración de los ilustres miembros de este Primer Congreso de Historia de Cuyo, lo hago amparado por las pruebas halladas y por las observaciones realizadas sobre el terreno.

Mendoza, Marzo de 1937.

Emilio León

JUICIO DE LA COMISION DE ARQUEOLOGIA Y ETNOGRAFIA DEL PRIMER CONGRESO DE HISTORIA DE CUYO QUE FIGURA EN LA PAGINA 69 DEL TOMO PRIMERO DE "LOS ANALES"

"Los estribos indios de Malalhué", por Emilio León.

Es un trabajo de mérito bajo el punto de vista que denuncia a un autodidacta, con disposiciones e instintos de investigador.

Ha prestado con su trabajo, un señalado servicio a la arqueología, facilitando derroteros a los investigadores del porvenir en la desconocida región de Malalhué.

Este modesto maestro de escuela, durante más de 10 años de permanencia en esta región, todo lo ha observado e investigado; todo le ha interesado y así ha producido un trabajo a la vez científico, ameno y al alcance de todos.

Este autor insinúa que Malalhué fué asiento del pueblo Quichua, por los rastros que ha encontrado; túmulos funerarios, chaquiras y una notable colección de estribos indígenas.

Supone también que la odisea de Anco-Allo y sus 8000 changos derrotados en Chile terminó en Malalhué.

Estas afirmaciones son formuladas en tonos moderados, encomiables.

Podrá o no ser confirmable esta noticia con nuevas investigaciones en ese sentido, pero no hay duda que este trabajo abre nuevos horizontes a los estudiosos.

La Comisión informante estima que es meritorio y que merece especial aprobación".

De LOS ANDES, del 17 de Mayo de 1937

Conceptos sobre algunos trabajos presentados. — “La Secretaría del Congreso de Historia de Cuyo ha dado a conocer los siguientes resúmenes de trabajos presentados al jurado: “Los estribos indios de Malalhué”, por el Profesor Emilio León.

“Un estudioso se revela a través de este meritorio trabajo, que nos hace conocer el resultado de sus investigaciones y observaciones realizadas en los tchenques de los asientos pehuenches de Malalhué”.

De LA LIBERTAD, del 19 de Mayo

Valiosos trabajos se presentarán al Primer Congreso de Historia de Cuyo. “Avezados buceadores del pasado argentino han enviado aportes estimables”. De entre el cúmulo de trabajos del más alto valor histórico que se han presentado al jurado del Primer Congreso de Historia de Cuyo que se realizará en Mendoza la próxima semana, cabe destacar los que mencionamos a continuación: “Los estribos indios de Malalhué”, por el Prof. Emilio León, que nos hace conocer el resultado de sus investigaciones y observaciones realizadas en los tchenques de los asientos pehuenches de Malalhué.

El Prof. León con paciente cariño ha escudriñado en esa región, llegando a obtener valiosos materiales que divulga en este meritorio trabajo”.

CAPITULOS DEL PRESENTE TRABAJO

PRIMERO

Descripción geográfica de Malal-Hué. Significado de la palabra y obras que la motivan; los corrales de piedra y su valor histórico.

SEGUNDO

Caracteres raciales de sus habitantes. Religión, costumbres y hábitos semejantes a los Quechuas. Los Chacos o boleadas. Las Challas y su preparación. Los tejidos y su similitud con los del Perú. Dibujos de las cavernas, semejanza con los de los Aymarás y los de los ristros tejidos en la zona de Malal-Hué.

TERCERO

Los Tchenques; su valor arqueológico, contenido y fin a que se le destinaba. La creencia de la supervivencia del indio y algunas anécdotas relacionadas con ello. Comprobaciones sobre: Sacrificio del caballo, forma en que eran enterrados y los custodias o centinelas encargados de ve-

lar por el muerto, así como el entierro de alimentos y efectos necesarios para su uso.

CUARTO

Los más importantes cementerios indígenas de Malal-Hué. El Bordo de la Piedra. Bordo Amarillo y El Divisadero o Casa de Piedra.

Cómo encontré un esqueleto en El Bordo de la Piedra. Similitud con la costumbre Quechúa. Características de este cementerio y signos que lo distinguen.

QUINTO

Algunos lugares dignos de observación: La Casa de Piedra o Divisadero ubicado entre los Arroyos El Chacay y Durazno. La Laguna de Llancañelo y Cari-Lauquén. Los Cerros Mesa y Pincheyra. El Manzano: Punto de concentración de las tribus que se dedicaban a maloquear en las estancias del Sur de Mendoza. Lo que decía un cautivo que vivió siete años entre estos indios. El Salto del Soldado y otras narraciones que ponen de relieve los sufrimientos de los prisioneros.

SEXTO

Los estribos de bronce o "Tumbaga". Espuelas de cobre y hierro. Chaquiras, flechas, hachas de piedra y mango de madera halladas en 1932 por el señor Roque Jacinto Adaro, en una salina situada en Barrancas. Morteros, pañuelo portátil, objetos de plata. botones de hueso, un ca-

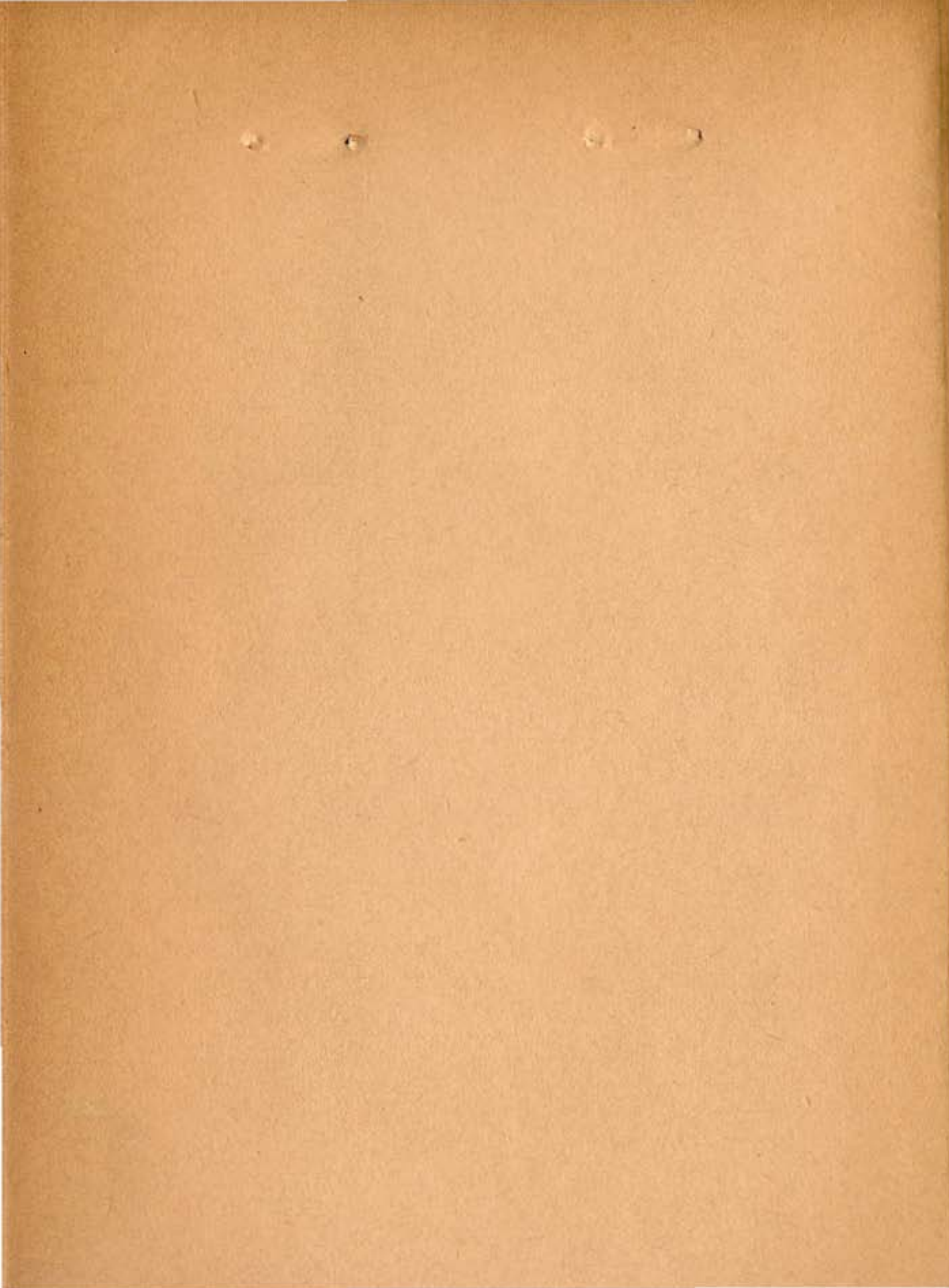
mafeo hallado en la Casa de Piedra. La cerámica y la alfarería. La agricultura. La caza y la pesca.

SEPTIMO

Un poco de Toponimia, Términos Araucanos y Quechúas. La muerte de Goico y lo que cuenta el que fué su caballerizo; indio Manuel Vergara. La conquista vista por ojos de algunos contemporáneos descendientes de indios o indios nativos. Chuma o Tomás Muñoz, Manuel Vergara, Delfina Torres, Teófilo Prado. Los Yanquinado y el indio Coria. Detalles complementarios.

OCTAVO

Fuentes de información y de constatación de los datos adquiridos sobre el terreno. Los libros Neuquén de Félix San Martín. Los Aborígenes del País de Cuyo, de Monseñor Pablo Cabrera, Razas Humanas, de Espasa-Calpe; Historia de América, de Diego Barros Arana, (edición chilena) y las personas citadas. Observaciones y trabajos sobre el terreno.



CAPITULO PRIMERO

DESCRIPCION GEOGRAFICA DE MALAL-HUE — SIGNIFICADO DE LA PALABRA Y OBRAS QUE LA MOTIVARON — LOS CORRALES DE PIEDRA Y SU VALOR HISTORICO — UBICACION DE MALAL-HUE

El Distrito de Malal-Hué, Departamento de San Rafael, Provincia de Mendoza, se halla ubicado al Sur de la Provincia y ocupa una superficie de 45.000 kilómetros cuadrados, vale decir, más de la mitad del Departamento de San Rafael. Lo pueblan unos 10.000 habitantes, en su mayoría chilenos, siendo la proporción de argentinos de 35 por ciento, especialmente en la zona cordillerana, donde la proximidad con el vecino país y los numerosos pasos, sumados al descuido en que se la tiene, hacen de esta zona propicia para la inmigración sin control.

Teniendo grandes montañas que la circundan en todas direcciones, numerosos ríos y lagunas, grandes valles apropiados para el crecimiento de los buenos y abundantes pastos, era justo que fuese esta la región preferida por los indios, ya fuese para sus correrías o para el engorde de sus haciendas. las que se multiplicaban en forma asombrosa.

Los grandes y seguros pasos de la cordillera, eran otro de los factores decisivos de tal elección y por ellos: El Planchón o Azufre y el Cajón Grande o del Maule, se volcaron aquende los Andes, tanto los indios como los conquistadores y misioneros, los que llegaron hasta los lagos del Neuquén, haciendo un recorrido más o menos accidentado, pues el cruce de los ríos hacían más factible la pernoctación en la zona Norte del Río Grande y así es como se explica la mayor abundancia de rastros indígenas de este lado, lo que demostraría que la corriente migratoria se volcó hacia las llanuras en vez de preferir las sierras pobladas de escorias, aun cuando estas últimas les resultaba más apropiadas para su carácter taimado y amigo de los escondrijos para llevar a cabo sus ataques por sorpresa. Los ríos que atraviesan su suelo son numerosos y caudalosos, dando lugar a la formación de cajones o valles más o menos estrechos, donde al resguardo de las faldas de las montañas, la humedad del cielo y la falta de vientos fuertes, etc. crecen grandes pastizales, verdadero paraíso de las haciendas. Puede decirse que el de Malal-Hué es uno de los puntos menos conocidos de la Provincia de Mendoza, pues hasta viven personas que hacen recordar a los trogloditas de que nos habla la historia, puesto que sus condiciones de vida son tan primitivas, que hasta sus viviendas no son otras que los huecos de las piedras y las cavernas que abundan, siendo su aislameinto tan completo, que desconocen muchos de los adelantos modernos (me refiero a la región de Coihueco Sur). y si le agregamos a ello el hecho de que él ha sido teatro de acontecimientos que se pierden en la nebulosa del tiempo y que lo nimban de un sin fin de leyendas, tenemos que también es de los más interesantes, ya que su

mismo desconocimiento lo hace acreedor a la curiosidad de los contemporáneos y más aún de los hombres de estudio, pues sus riquezas, su pasado, su presente y su futuro, hacen de él el Far-West Argentino.

Con más de veinte pasos conocidos, los que tienen las características más variadas, desde los de fácil tránsito, hasta los sólo accesibles a los cuatreros y gente al margen de la ley, como el ya célebre paso de Las Lágrimas, que como su nombre lo indica, ha hecho llorar a más de un incauto que se aventuró por él y que creyó que nunca más volvería a ver el mundo de los vivos, hasta el usado por el turista que ansioso de contemplar las bellezas serranas y más aun de gozar de bosques y bellezas vegetales, se interna por ellos con seguridad, pues son pasos hechos por los indios, quienes buscaron los lugares de más fácil acceso para tender sus sendas, las que utilizaban en sus frecuentes viajes aquende y allende la cordillera en procura de su comercio y utilizándolos para el arreo de sus ganados y el éxodo de las tribus en constantes guerras entre sí.

Tiene en su inmenso territorio que limitan con La Pampa, Neuquén y Chile, lugares que la caracterizan como la zona que más se prestó para la vida fácil del indio, por cuanto abunda la caza, la pesca y los pastos, elementos indispensables para su vida, la que se caracterizó por el aprovechamiento de los frutos de la naturaleza sin mayor industrialización, pues entraba en su programa de holganza, el no molestarse mucho en la adquisición de sus alimentos.

En los valles encontró abundantes pastos para sus ganados, en sus lagunas peces y aves acuáticas en maravillosa cantidad, las que a más de la carne, les proporcionaba los huevos, plumas y otros efectos. Las perdices, liebres,

quirquinchos, tortugas, choiques (1), eran para ellos motivos de cacería, proveyendo su despensa con abundancia de presas, las que eran convertidas en charqui.

La carne del choique (Rhea) era su predilecta y estas aves sufrían una encarnizada persecución, dando lugar a grandes fiestas, en cada una de las boleadas o chacos que efectuaban, pues los platos que preparaban con su carne daba motivo y lugar a grandes orgías, en la que se hacía gran consumición de chicha.

En los cerros halló los materiales para sus flechas, las que constituían verdaderos primores de arte y paciencia. Estas armas estaban encomendadas a manos de expertos artífices y el oficio se sucedía de padres a hijos, pues no se concebía la confección de tan útiles elementos por quie-

(1) Con respecto a la palabra **Choique**, recuerdo que cuando recién me hice cargo de la dirección de la escuela nacional N° 1 de la villa de Malal-Hué, al dictar una clase de naturaleza en la que solicité se me nombraran algunas aves, un alumno me dió el nombre de choique, y yo que jamás había oído tal nombre, debí recurrir a una argucia cual fué la de hacer que el alumno describiera las características del ave y recién después de ello, caí en la cuenta que se trataba del ñandú, lo que les expliqué a los niños, pero salvé este primer escollo entre los muchos que me tocó vencer en una forma bastante airosa. Esto ocurrió en 1922.

(2) Anteriormente se usaban en todas las comunicaciones el nombre de Malal-Hué, escrito en su degeneración castellana, pero últimamente el gobierno de la Provincia adoptó por decreto la denominación indígena de Malal-Hué, la que se usa en todas las comunicaciones y documentos públicos. Este Decreto fué dado por el ex gobernador, Ing. Ricardo Videla, tratando así de velar por la conservación de la tradición y el carácter regional.

nes no estuviesen capacitados para ello por la práctica y la habilidad y así es como cada vez que en la tribu había algún adolescente que demostraba alguna cualidad para tal menester, era entregado al encargado del oficio, para que lo adiestrase.

Los minerales de por sí abundantes de esta Pittsburgo argentina, eran trabajados y fundidos en crisoles.

También construían agujas de sílex, las que por lo agudo de sus puntas y lo acabado de sus bordes, semejaban nuestras actuales agujas de acero, aun cuando encuentro más habilidad para la confección de las primeras, dado lo quebradizo del material empleado y lo rústico de las herramientas.

Los algarrobos les proporcionaba la tan codiciada algarroba, múltiple producto vegetal que desempeña el mismo papel que el trigo en la actualidad. Habían tribus que se dedicaban a su recolección y que se les llamó "algarroberos", procediendo a mercarla por otros productos a las tribus que no contaban con tan precioso producto.

La chicha y harina, eran los principales motivos de su elaboración, pero también era conservada en sacos de cuero y en tinajas de barro cocido.

PASOS PRINCIPALES

Los pasos principales son tres, a saber: El Planchón o Azufre; El Cajón Grande o del Maule y el de Puertas de Barrancas.

Todos estos pasos son muy transitados y su conocimiento se remonta a muchos cientos de años antes de la Con-

quista. Son senderos de gran seguridad y atraviesan lugares donde abundan el agua, la leña y los refugios.

Al asegurarse que los caminos aceleran el progreso de los pueblos, se dice una verdad tan grande, que no podemos menos que aceptar este axioma como un motivo de constante mención y ella ha sido la causa de la expansión de grandes imperios antiguos como el Romano, el Inca, el Azteca, etc. Los romanos llevaron el camino donde quiera que fueron sus huestes y los incas también hicieron obras camineras que les valió llevar sus dominios hasta más allá del grado 37 de longitud Sur, vale decir, hasta el Río Maule, que viene a quedar casi al extremo de Malal-Hué y en el paso que comunica esta zona con Chile y que es uno de los más usados desde tiempos inmemoriales. Esto les valió dejar impresos los rastros de su civilización y cultura hasta tan alejados confines, hecho que no tiene paralelo en América del Sur, por cuanto el Imperio Inca, ocupó un radio tan extenso, que hoy en día nos es dable presenciar los restos de su civilización y cultura a más de trescientas leguas al Sur del Cuzco, su capital.

Humbolt al describir los caminos construídos por los Incas en el Perú y otros puntos, los comparó con los de los romanos y ahora cabe una pregunta: ¿Si el indio del Nuevo Mundo no conocía la rueda, para qué quería caminos tan anchos? La respuesta no es del todo difícil, pues, dado su espíritu bélico y sus empresas de conquistas, hicieron necesaria la marcha de muchos indios en conjunto, llevando todos sus menesteres y armas, lo que hizo necesario este medio de comunicación y donde no los hicieron, aprovecharon los accidentes del terreno, para con pequeñas mejoras, hacer un camino. No cabe duda que el camino del indio

que aun es dable ver en San Juan y parte de algunas provincias del Norte, fué construído por los Incas y que el objeto de tal obra, fué el de facilitar las comunicaciones con la capital del Imperio: El Cuzco.

Barros Arana dice en su Historia de América, que la civilización de los Quechúas se extendió hasta el grado 37 de longitud Sur y no hay duda de que la misma no se concretó solamente al lado chileno, sino que se extendió aquende los Andes, del lado de Malal-Hué, verdadero oasis andino, que desempeñaba el mismo papel de los oasis africanos en el desierto de Sahara. Algunos historiadores citan en contra de la tesis quechuista de algunos, el hecho de la falta de obras monumentales, pero los numerosos testimonios y las muchas palabras, así como los caracteres raciales de las gentes que pueblan algunos puntos del país, como el de Malal-Hué, hablan del paso de estos indios por su suelo y un paso transitorio no puede dejar los mismos rastros que el lugar cuna de su civilización: el Perú.

Por eso creo y sostengo que el lugar elegido por Anco Allo para dar por terminada su jira o mejor su destierro, fué Malal-Hué y creo que a medida que avance en el trabajo, conseguiré aportar algunos datos al respecto, especialmente en lo que se refiere a los objetos de metal, dibujos de los tejidos y similitud del lenguaje.

Todo esto me induce a asegurar que la zona de Malal-Hue fué la preferida de los Incas para asentar sus tolderías y hasta existen los terrenos desbrozados por la mano indígena donde se cultivaban los granos conocidos, como el maiz.

SIGNIFICADO DE LA PALABRA Y OBRAS QUE LA MOTIVAN: LOS CORRALES DE PIEDRA Y SU VALOR HISTORICO

La palabra Malal-Hué se descompone en dos vocablos, vale decir, que cada uno de ellos tiene un significado distinto.

Ya se sabe que en la mayoría de los casos la traducción de las palabras indígenas, requieren un orden inverso al castellano y que la segunda parte debe pasar al lugar de la primera y ésta al de la segunda, pues son muy pocas las palabras simples.

Así tenemos que: Malal, significa corral y Hué, lugar de o donde hay tal cosa, lo que literalmente traducido nos da: **Lugar de los corrales.**

Ahora bien; como en el lugar existen unos grandes corrales hechos de piedra sin argamasa o pirca, los que afectan la forma circular, como lo demuestran las notas gráficas que ilustran estas notas y cuya antigüedad se remonta a más de doscientos ochenta años, pues se calcula que fueron construídos antes de 1658, pues en esta fecha ya eran usados por el Cacique Don Bartolo (Aborígenes del País de Cuyo; artículo Malargüe).

En este mismo se le asigna la dirección de la construcción a un tal Luis de las Cuevas y respecto a este perso-

naje cabe una reflexión: Me parece que relacionando las fechas de la conquista y la construcción de esta obra, vale decir, 124 años después, llegaríamos a la conclusión de que la misma fué llevada a cabo por quechúas aclimatados en la región y que el español que ayudó en la misma, era algún cautivo o renegado. No creo errónea esta teoría, por cuanto en ninguna otra parte existen obras tan importantes desde el punto de vista arquitectónico y por la magnitud de las mismas.

El material usado es distinto al existente en el lugar asiento de los mismos y debieron emplearse muchos indios para transportarlo hasta el sitio a emplearse.

Las dimensiones de estos corrales son las siguientes: Unos 200 metros de largo por 80 de ancho, el espesor y altura de los muros es de 1,50 de ancho por 2 metros de alto y en la parte correspondiente a las puertas, la altura llega a más de tres metros. Estas dimensiones en obras ejecutadas por los indios, pueden considerarse poco comunes y el aspecto de los mismos, puede decirse que es imponente. Todo esto hace pensar en el tiempo empleado y en los hombres ocupados en su construcción. Las piedras han sufrido el trabajo humano, pues la mayoría de ellas están labradas y canteadas, encontrándose asentadas con tal simetría, que a pesar de carecer de argamasa, la acción destructora del tiempo y de los animales, no ha sido suficiente a ocasionar su desmoronamiento y así es como hoy en día son utilizados para los fines a que se les destinó: encerrar hacienda.

Enclavados entre cerrillos, a orillas del Río Malal-Hué, margen derecha, cerca de grandes vegas y aguadas, al reparo de los fuertes vientos, nos demuestran claramente ei

uso a que se les destinaba, encerrar animales propios y robados, ya que el que no conoce su existencia, puede pasar cerca de ellos sin advertirlos y ésto les daba aun más seguridad y si se quiere impunidad.

El Profesor de la Universidad del Litoral, Dr. Franz Kühn, los comentó y los recomendó como un Monumento Nacional y a la vez les asignaba mayor valor arqueológico e histórico que a los famosos Menhires de Jujuy. No cabe duda que la destrucción que paulatinamente ejerce sobre ellos el tiempo y los animales, sumado a la utilización de su material para otras construcciones, ocasionarán su desaparición y si no se toman medidas, lo que sirvió para denominar una región existirá sólo como una leyenda más que se agrega al ya nutrido acervo regional. Por eso en esta circunstancia me permito recomendarlos al Honorable Congreso de Historia, a fin de que interceda ante quien corresponda en favor de su conservación para que las generaciones del futuro, puedan admirar la inteligencia del indio en sus propias obras. Los conquistadores construyeron anexos a ellos el Fortín Malal-Hué, que fué testigo de una de las últimas y grandes tragedias que nos deparó la lucha de la civilización con la barbarie, pero ella es tratada en otro lugar.

CAPITULO SEGUNDO

Caracteres raciales de sus habitantes - Religión - Costumbres y hábitos semejantes a los quechúas - Los Chacos o boleadas - Las Challas y su preparación - Los tejidos y su similitud con los del Perú - Dibujos de las cavernas, semejanzas con lo de los Aymarás y los de los ristros tejidos en la zona de Malal-Hué.

CARACTERES RACIALES DE SUS HABITANTES

Dice la obra "Razas Humanas", de Espasa-Calpe, pág. 109: El Tipo Físico: "El tipo físico de los quechúas, semejante al de los Aymarás, puede resumirse en los siguientes caracteres principales: baja estatura (a lo más 1.60 m. por término medio), fuertes y rechonchos, pecho amplio, nariz aguileña, cabeza maciza y aplastada por la deformación y cráneo braquicéfalo; en los incas recibe este nombre por la frecuente aparición entre ellos, sin que parezca debamos atribuir este fenómeno a la deformación craneana que practican.

Ahora bien; en muchos niños de los que asistieron a mi escuela, pude notar estos rasgos y en la gente del lugar eran muy comunes.

Las estadísticas de enrolados, dan un 65 por ciento de menores de 165 de altura y esto ya constituye un dato no despreciable.

En cuanto a la resistencia de estas gentes no tienen nada que envidiar a la de sus congéneres y he visto a muchos que salen en la mañana en recorrida por las sierras y que regresan en la noche, sin que denoten cansancio.

En la nota gráfica sobre el alumnado de la escuela número 1, se distinguen con facilidad muchos tipos de indios o descendientes de ellos, la señalada con una cruz, es la citada Zulema y es hija de Vergara.

Es en esta niña, en la que yo he notado con más exactitud los caracteres quechúas y en muchos lugares he observado estos detalles, especialmente en las familias formadas por indios, las que no faltan en esa región.

El cráneo desenterrado por mí en el cementerio indígena del Bordo de la Piedra y que se lo obsequié al doctor Puga, corresponde exactamente al braquicéfalo y dada la forma en que fué encontrado el cadáver, no hay lugar a dudas que se trata de un indio quechúa o descendiente de ellos.

RELIGION

Poco puede decirse a este respecto, pero como ya lo digo más adelante, ésta no difiere mucho con los quechúas y a este respecto me atengo a los relatos que transcribo, hechos por personas que convivieron con ellos.

La manera de enterrar sus cadáveres (doblados) y la de sacrificar a las viudas, las que eran enterradas para que

cuidra al muerto, habla de semejanzas y hechos muy notables.

LOS CHACOS O BOLEADAS

La manera de cercar a los guanacos y avestruces para darles caza, es otro de los hechos que no pueden pasar desapercibidos y la palabra "chaco" era empleada cada vez que se quería hacer algún cerco, palabra cuya explicación o significado es el mismo que el quechúa (cerco o encerrar). He visto varias boleadas y a todas ellas las precede el cerco llevado a cabo por gente de a caballo que se abren en semicírculo para llegar a un punto dado, donde se procede a cerrar el chaco o cerco.

A medida que éste se va cerrando, las piezas o mejor los animales encerrados dentro de él, tratan de huir, pero en todas direcciones se encuentran con los hombres que esperan la señal del director de la boleada, para dar comienzo a la cacería, a cuyo término era dable contar gran cantidad de animales boleados o perreados, pues cuando el guanaco o el avestruz ha conseguido salir del cerco, son los perros quienes se encargan de perseguirlo, lográndose así atrapar un mayor número de piezas, pues estos perros, galgos en su mayoría, están muy adiestrados en el oficio y es raro que se escape el animal. La boleada de mayor aliento, por lo numeroso de los hombres, la organización y otros detalles, que yo he visto, fué la organizada por el entonces Comisario General de Malal-Hué, señor Emilio Civit, y como vale la pena describirla, aun cuando no sea más que en partes, allá van algunos detalles

cuya fidelidad he tratado de copiar, a fin de que se vea que existe relación con las boleadas indígenas.

El punto de concentración eran las Lomas Moras, ubicado en el cerro El Nevado, próximas al cerro El Chingolo, una de los que le sigue en altura al primero, cuyas cimas se ven blancas de nieve.

Es raro ver sierras cuya escasez de agua sea mayor que las del Nevado, y así es, en efecto, pues allí sólo existen jagüeles que no son otra cosa que grandes hoyas de piedra en cuyo interior se acumula el agua de la nieve y de la lluvia, pero como estos recipientes se agotan pronto, la región se convierte en un erial y es peligroso internarse por ella, pues muchos son los imprudentes que han estado a un paso de la muerte por la falta de agua. Por esta causa es que se elige el invierno para llevar a cabo estas carcerías, pues se aprovecha de algún temporal para utilizar la nieve como agua. Uno de los fenómenos que me causó mayor asombro, fué el numeroso relinchar de los guanacos en la primer noche de nuestra llegada, relincho que en un principio tomé por procedente de numerosos potrillos, pero estas reflexiones me las hacía in mente, ya que no quería demostrar ni sapiencia ni ignorancia, cosas éstas que debe tener en cuenta todo aquel que no quiere hacer el ridículo ante la gente de campo, pues son muchos los que queriéndose burlar de ellos salen burlados y corridos.

Al día siguiente, era un 20 de junio, si mal no recuerdo del año 1931. el encargado de los setenta jinetes, ordenó comenzar el cerco y recomendó que no se hicieran bolsicos (cerco pequeño en forma de embudo por el que se deja penetrar a los guanacos y que se considera una treta desleal para los componentes del cerco).

A los tiradores se nos ubicó en las faldas de los cerros con la consigna de no movernos de nuestros sitios sin orden del recorredor, pues podría originar algún accidente. Pasaron unas dos horas de espera, cuando vi sobre la falda del cerrito de La Suerte, una mancha de color rojizo que se movía en todas direcciones. Pensé que sería langosta, pues su aspecto era igual al de una manga de este acridio, pero pronto los tiros de los que estaban ubicados allí, me hicieron pensar en los guanacos, pero aun así me creía víctima de una pesadilla, pues no se concebía tantos animales.

Muy pronto me di cuenta de que el cerro donde yo estaba era visitado por los azorados rumiantes, pues vi sobre la cumbre, a unos doscientos metros sobre mi cabeza un sinnúmero de orejas y hocicos que buscaban el lugar apropiado para huir.

De pronto el Bombero (llaman así al guanaco más viejo que se encarga de otear el peligro y de dirigir la grey) se descolgó por un sendero próximo al lugar donde me hallaba, pero a pesar de que tiré cinco tiros y de que ante mi desfilaron al galopito unos mil guanacos divididos en dos filas, división que tenía por objeto acosarme a mordiscones y patadas, lo que a fin de evitar esta desagradable contingencia, hizo que me refugiara debajo de la piedra, atendiendo a las observaciones del baqueano; no maté ninguno.

Cuando terminó este primer día de boleada, eran 170 los guanacos cazados y cinco avestruces. La recolección de la piedra bezoar, usada para el corazón, era tarea de mucha importancia, pues se le da mucho valor curativo.

El tutaneo y la caracuceada como le llamaban a la acción de comer el tútano del guanaco, lo que es uno de los alimentos más apreciados, por ser muy semejante al aceite por su finura y sabor, era una de las tareas más agradables después de la boleada. Los sesos del guanaco también son muy apreciados, pero como el transporte de la cabeza, no es tan fácil como el de los tútanos, los que se llevan atando los huesos que lo contienen en los tientos de la montura, se prefería los primeros.

Otro de los platos que me agradó mucho, fué la Challa hecha a la usanza indígena. Las carnes del choique era su predilecta y la comían asada o cocida, pero sus banquetes después de una boleada, eran objeto de una prolija preparación, siendo el plato fuerte la "challa" o sea la carne de choique cocida en su propia piel y asada al calor de unas piedras calentadas al fuego. La preparación de este plato, merece un comentario aparte, pues revela que los conocimientos gastronómicos del indio no eran del todo despreciables, ya que quien como yo ha tenido la suerte de comer un plato de challa preparada por indios, dirá que merece ocupar un lugar en la mesa de cualquier refinado gastrónomo y si bien se tiene en cuenta que su elaboración es un poco rústica, no por ello deja de ser un verdadero manjar.

Para prepararla, se toma un choique (ñandú), se le saca la piel, y se desposta en presas pequeñas, se le echan todos los condimentos que se tengan a mano (el indio le echaba ají en abundancia) y una vez llena se procede a coser la piel con todo el contenido. La parte carnosa de la pechuga y piernas, la cortan en tiras más o menos anchas y la envuelven alrededor de unas piedras pequeñas, las que

tienen por misión atraer hacia el interior el calor externo haciendo más rápida y pareja la cochura.

En esta forma se logra una bolsa de regulares dimensiones. Se busca unas piedras de tamaño más bien mediano y con la cara superior e inferior un poco aplanada y se calientan acercándolas a la hoguera, cuidando que no se tiznen y si esto sucede las limpian. una vez que consiguen una en su punto, ponen la bolsa encima de ella y comienzan a darle vueltas y más vueltas pasándola de una a otra piedra con pequeños intervalos y al cabo de una hora y a veces menos, sacan la tan original olla y el que ve que su contenido está perfectamente cocido y que no se ha perdido ni una gota de grasa, no puede menos que admirar que tan original medio de cochura no es tan malo y sí, que por el contrario, proporciona un plato exquisito sin la pérdida de substancias.

La primera vez que vi tales preparativos. reí despectivamente y Chuma Muñoz que era el encargado de hacerla me puso de testigo y ante mi incredulidad, antes de los sesenta minutos, llevó su plato a la mesa y los que la comimos, debimos recurrir con frecuencia al vino, pues estaba tan picante, que parecía una brasa en la boca, esto último explica el que las comilonas de los indios, degeneraran en verdaderas orgías.

La gente del lugar la prepara hoy día en forma de estofado, pero opto por el primer procedimiento pues parece que la carne tiene otro sabor, es más sabrosa.

LOS TEJIDOS Y SU SIMILITUD CON LOS DEL PERU

El uso de los telares verticales tal cual lo usaron los indios, es tan frecuente en la región de Malal-Hué, que su misma profusión hace que las tejedoras abunden y como el material se encuentra con facilidad, por cuanto los guanacos proporcionan una lana muy fina, lana que la clasifican en dos clases: "anaska", lana ordinaria, que proviene de la barriga y otros desechos que quedaban de la "cumbí" o lana muy fina, que se empleaba para ejecutar las obras de mayor primor y trama más fina, estas explicaciones me los dió don Teófilo Prado y también las oí a varias tejedoras entre las que citaré a la señora Adelaida Muñoz, Navarro, etc.

Los dibujos empleados en el adorno de estas prendas, son todos semejantes a los de los quechúas y de la comparación de estas obras, con las que ilustran los libros que con ellos tienen relación, llegamos a la conclusión de que las gentes del Perú poblaron durante largos años las regiones de Malal-Hué, haciendo que sus descendientes heredaran sus costumbres y arte, pues solamente así se explica el que gente que jamás han salido del lugar que les vió nacer, conozcan estas costumbres tan lejanas a su ambiente.



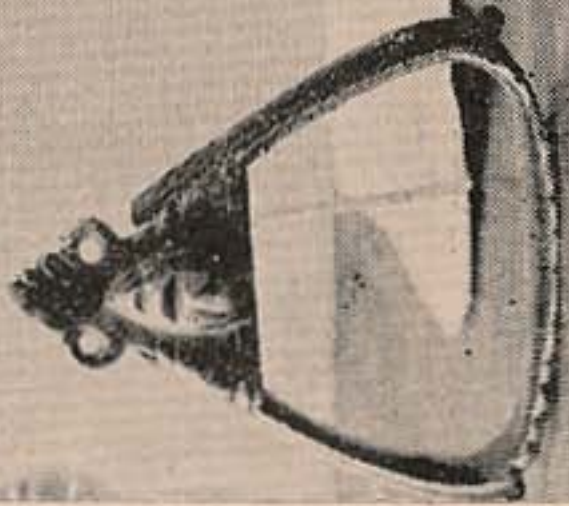
(1)



(2)



(3)



(4)

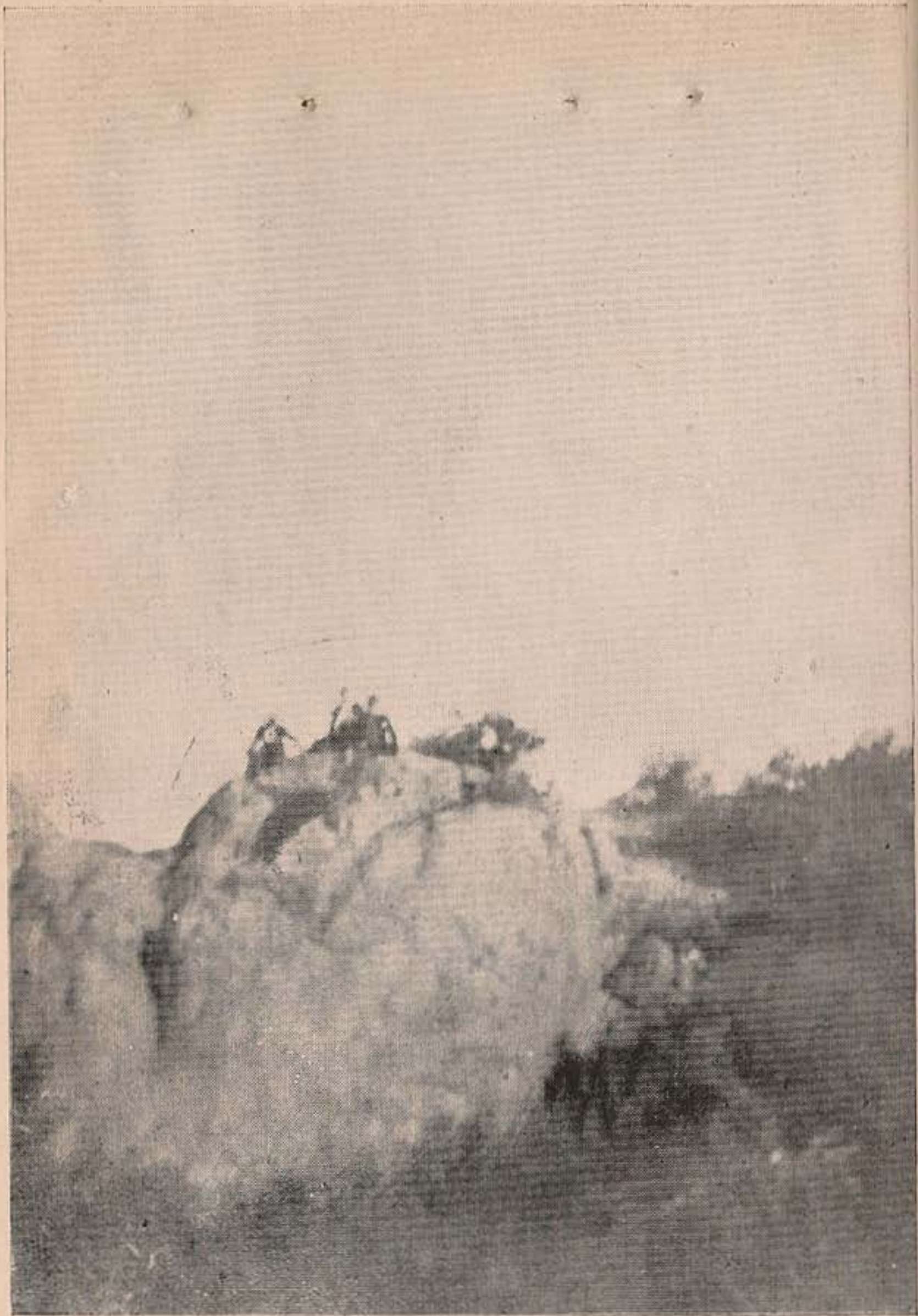
Los estribos de bronce o Tumbagas



Familia de puesteros. — Puede notarse con facilidad algunos caracteres salientes y relacionados con los Quechúas



Nota gráfica del alumnado de la escuela N° 1 de Malalhué



Vista de las piedras que circundan al Fortín de Malalhué



Er. los corrales de Malabhué, el autor Emilio León, en una de sus exploraciones con motivo de este trabajo

LOS CORRALES DE MALALHUE

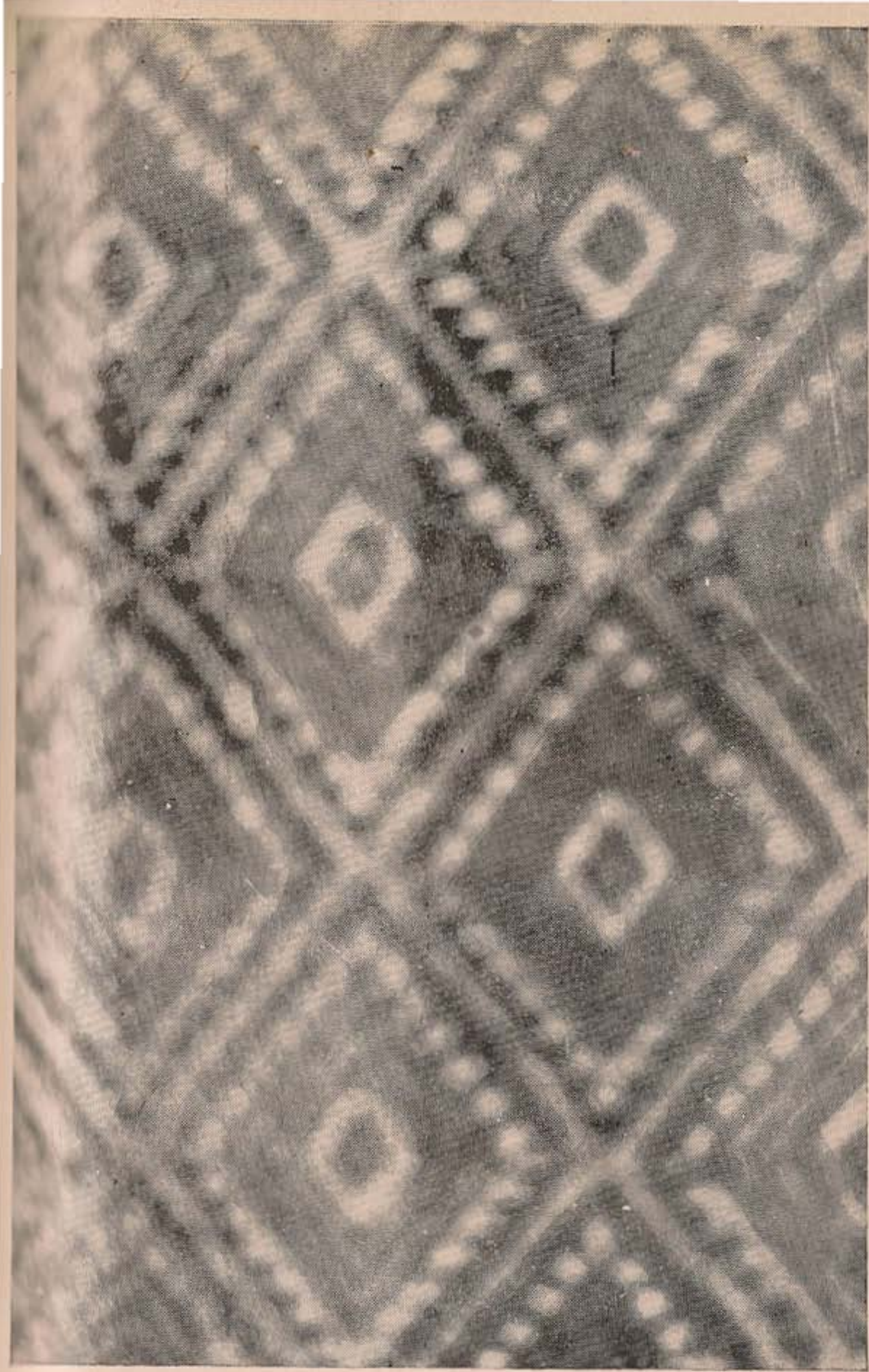
Vista general de
los Corrales



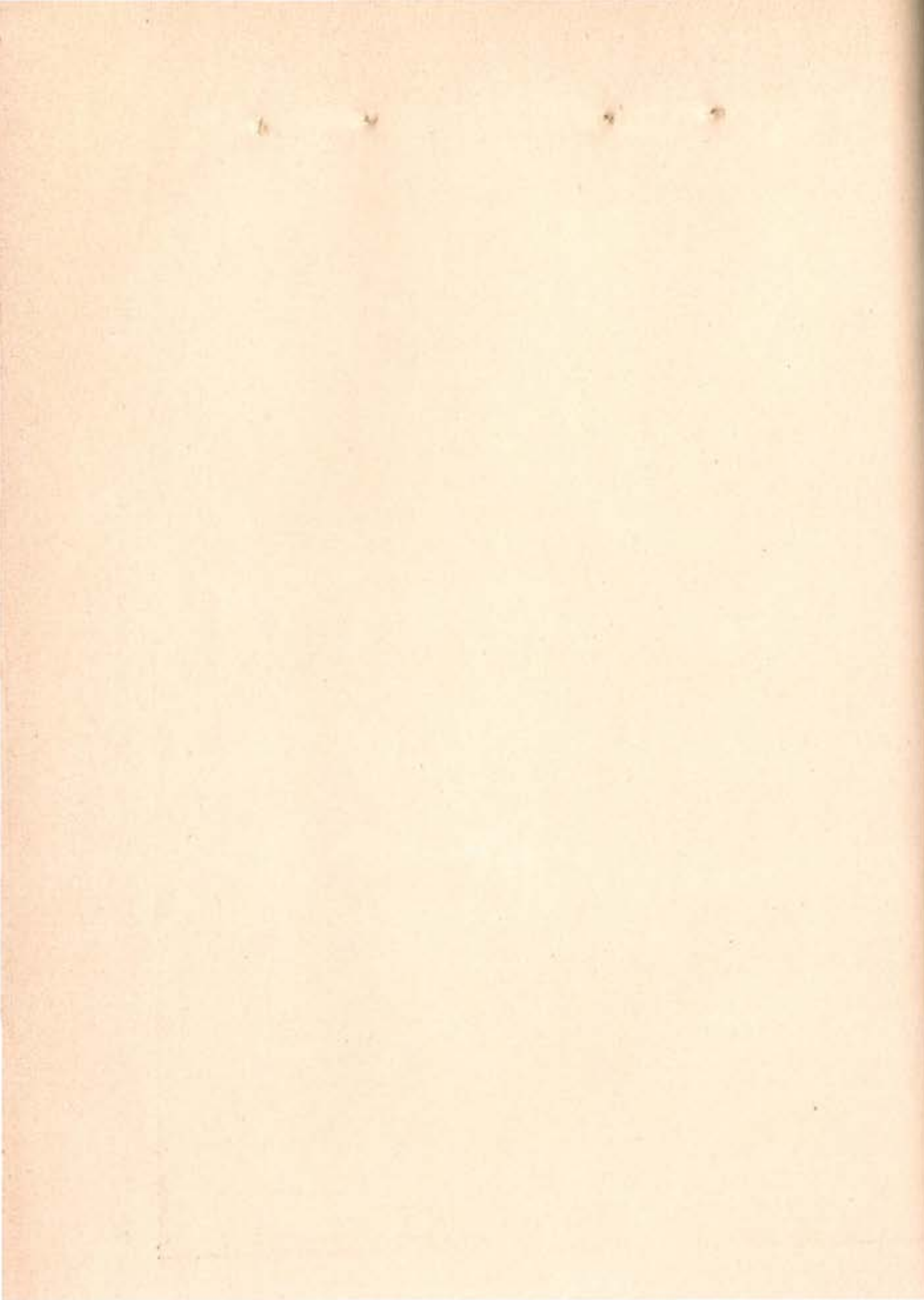
Puerta de entrada
a los Corrales



La familia Vergara, cuyo jefe Manuel J. Vergara fué caballerizo de José Goico, célebre cacique que actuó en Malal-hué. Una de sus hijas, Zulema, es idéntica a la que ilustra la página 118 India de Oruro.



Ristro tejido en Barrancas (Mendoza)



A más el hallazgo hecho por el profesor señor Manuel Tellechea en una caverna del Rincón del Atuel, hallazgo que consiste en dibujos que adornan las murallas de la misma y que al ser fotografiados sin hacerles ningún retoque, demuestran la existencia de verdaderos artistas, artistas que no eran del lugar y que por las obras por ellos dejadas en las murallas de esta gruta que fué un apostadero, cuya semejanza puede establecerse comparando las fotos con el dibujo que ilustra el artículo relacionado con los indios Aymarás que aparece en "El Tesoro de la Juventud" y que he agregado a continuación, lo que nos demuestra en forma irrefutable la emigración de aquellos habitantes hacia estas apartadas regiones.



CAPITULO TERCERO

Los Tchenques, su valor arqueológico, contenido y fin a que se les destinaba - La creencia en la supervivencia del indio y algunas anécdotas relacionado con ello - Comprobaciones sobre: Sacrificio del caballo, forma en que eran enterrados y las custodias o centinelas encargados de velar por el muerto, así como el entierro de alimentos y efectos necesarios para su uso

Llámanse "Tchenques", a los lugares donde estaban enterrados los tesoros de los indios.

Ya sea que los enterrasen para esconderlos o para evitar el usufructo de los extraños.

Muchos son los lugares que la leyenda menciona como conteniendo Tchenques, pero es tan difícil precisarlos o dar con ellos, que únicamente la casualidad puede ponerlo a uno en contacto con ellos y hacer que la suerte nos depara la agradable sorpresa de comprobar algo que todos los que ambicionan conocer el pasado, lo desean con ansia y que verdaderamente constituye un nutrido archivo de costumbres y hábitos de una raza que se fué, pero que nos legó algo en forma tan original, que aun hoy en día perdura el temor al más allá y todo el que tiene esa suerte, no puede menos que sentirse sobrecogido de temor y dar rienda

suelta a la imaginación, toda vez que el hecho de desen- trañar un misterio, siempre causa recogimiento.

Los indios descendientes de ellos que aun viven en Malal-Hué, no dan datos y su mutismo no es otra cosa que la creencia que tienen de que el muerto los castigará por su indiscreción y he conocido personas que han recurrido al alcohol para averiguar sobre los lugares que habían tchen- ques sin ningún resultado, pues parece que la borrachera los hiciese más mudos en vez de volverlos comunicativos.

La cuestión del valor material de estos depósitos de ultratumba, está un poco exagerada por las fantásticas narraciones que circulan entre los pobladores, pero algo hay de verdad en estos asuntos, desde el momento que son muchos los que han sentado plaza de creyentes.

El hallazgo de chafalonía de plata y oro, objetos ar- tísticos, como aros, pulseras, etc., efectos de monturas, ris- tros y estribos de bronce, todo contenido en ollas o tinajas de barro cocido, las que tienen mucha seme- janza con las construídas por los alfareros modernos, ha creado tal fama sobre este asunto, que en muchos casos y con relativa frecuencia, constituye el tema obligado de toda reunión.

Se han hallado botijones y tinajas de barro llenas de objetos de valor y me voy a permitir insertar algunos de los sucesos más importantes y que de acuerdo a la calidad de las personas que me los han citado, no puedo menos que darle patente de verídicos.

En el año 1931, visité los Cerros Colorados ubicados al Sur del Río Malal-Hué. Me acompañaban en esta expe- dición arqueológica algunos amigos, deseosos de dejar la vida de pobres, pues habíamos adquirido datos relaciona-

dos con la existencia de un rico tchenque en ese lugar y con el mayor secreto posible organizamos la empresa esperanzados en que a nuestro regreso traeríamos las maletas llenas de riquezas.

El lugar estaba descripto con toda exactitud y decían los informantes que estaba enterrado debajo de una piedra colorada, grande, que formaba una aleta hacia el Este y que debajo de ella había sido enterrado un cacique de los indios lobos o alzados (Aucaes), cuyas riquezas la constituían el producto de los robos y que había mucho dinero en monedas de oro y plata.

Hasta el número de tinajas que formaba el lote nos lo habían dado, eran tres y estaban repletas y el valor de lo enterrado se calculaba en veinte mil pesos. ¡Bonita suma! Mis compañeros de expedición eran: Luis De Lucio, Nicolás Romano y Oscar Contreras Bates. Nuestra llegada al lugar fué un poco accidentada, pero después de recorrer los varios cerrillos colorados, conseguimos ubicar el punto que se nos había señalado, pues nuestro informante era Chuma o Tomás Muñoz, viejo indio que había sido prisionero de los indios lobos o algo así, pues de él aprendí muchos términos y costumbres indígenas, las que mencionaba con verdadero interés y al traducir los términos lo hacía con mucha exactitud, nos dió datos muy precisos.

Una vez descubierto el punto nos entregamos a la tarea de remover escombros y en vez de las tinajas repletas encontramos las tejas de las mismas. ¡El tchenque había sido sacado por otros! Esta contrariedad no nos desanimó y seguimos cavando hacia el Norte y ¡cual fué nuestra sorpresa al desenterrar la cabeza de un caballo con el freno puesto en la boca! El freno es de los comunes, de formato

rústico y se encuentra muy oxidado, pues parece que habían muchos años que se encontraba enterrado y de acuerdo a los datos existentes, no puede menos de alcanzar a ciento cincuenta o más.

Después de encontrar más tejas, entre ellas algunas con el asa de la tinaja y algunas chaquiras, resolvimos dar por fracasada nuestra primera experiencia arqueológica, pero no fué tan malo el éxito, pues si bien no encontramos los tesoros, ello nos permitió comprobar la veracidad de que el caballo favorito del muerto era sacrificado al morir su dueño y enterrado junto a él para que lo siguiese usando en la otra vida.

Por la similitud de costumbres en cuanto al sacrificio y entierro de efectos se refiere, infiero que estos indios eran de procedencia quechúa, pues la transmisión de hábitos y creencias de un indio a otro es tan fiel que éstas se perpetuaban a través del tiempo y no sufrían deformaciones o cambios de importancia por más tiempo que pasase, de aquí y teniendo en cuenta otras características de la región, que me atreva a hacer esta afirmación.

Conversando sobre nuestro chasco con algunas personas del lugar, entre ellas la señora Leonor Cruzate, me informaron, que ese tchenque había sido sacado por un chileno, ovejero del señor Rodolfo Arenas, allá por el año 1915 y que ello se debió a que yendo a cuidar cabras, vió posada sobre una piedra un águila bronceada, que lo miraba con mucha fijeza, que al seguir su camino el ave voló casi rasando el suelo y que durante el lento vuelo, daba vuelta la cabeza hacia donde estaba él, que la curiosidad se posesionó de este hombre y que resolvió caminar en dirección del águila.

Que cuando hubo caminado unos quinientos metros, siempre tras del ave ésta volvió una vez más la cabeza hacia él y dando un graznido, se encumbró rápidamente y desapareció entre las nubes. Como la obscuridad era completa, resolvió dejar atado su pañuelo en un molle y volver al otro día temprano, lo que así hizo y desde ese día el señor Rodolfo Arenas no tuvo más ovejero chileno, pues éste, cuyo nombre no recordaba la informante, desapareció del lugar y algunos años después se supo lo ocurrido, pues personas que lo habían conocido de este lado de la cordillera, lo vieron en Chile disfrutando de una holgada posición.

La misma informante me explicó, que generalmente el alma de los muertos se presentaba en forma de aves o animales, a fin de revelar ese secreto, y que ello ocurría cuando el dueño de esos tesoros no los necesitaba más, pues pasados ciertos años, tenían que darlos a otros, porque de lo contrario no podían conseguir una vida tranquila en el otro mundo.

Estas aseveraciones las he oído a muchos otros y he sabido de otros casos semejantes que vendrían a corroborar tales asertos.

El señor Rodolfo Arenas, patrón del suertudo, me dijo que ese relato era verídico, pero que no se acordaba del nombre del peón, pues hacía poco tiempo que lo tenía y siempre lo llamaban por el apodo de "El Roto".

Con respecto al señor Egidio Casnati, también circula en Malal-Hué una leyenda semejante y que él encontró al pie de un molle en la estancia de Llanquanelo un tchenque de bastante valor, el que fué revelado en un sueño, por una mujer que lo invitó a que la siguiera, pero yo no

he podido comprobar su veracidad porque no he tenido la oportunidad de entrevistarlo.

Otra anécdota que también tiene relación con este asunto, me la narró el señor Pedro Velázquez, que estuvo a cargo de la escuela número 131 de Calmuco, durante el período comprendido entre los años 22 a 27.

Fué en el año 1924. Había encargado dicho señor, por mi intermedio, a Buenos Aires, un revólver calibre 32 y con motivo de la fiesta del 25 de Mayo, lo llevó a Barrancas y durante el trayecto le aconteció el hecho que paso a narrar.

"Yo iba caminando al paso del picazo y como la noche era de una hermosa luna, resolví proseguir viaje hasta la escuela, en vez de alojarme en lo de Karzonikovf que vivía en el Alambrado y que era el sitio obligado de hospedaje para los viajeros que tenían que seguir al Sur.

"Llevaba caminados unos seis kilómetros del lugar, cuando se me atravesó un zorro que me clavaba los ojos con mucha insistencia.

"Acordarme de que llevaba el revólver y ensayar la puntería fué todo uno.

"El zorro seguía al trotecito y a cada rato daba vuelta la cabeza y esto me molestaba más, puesto que la distancia era apenas de 40 metros y los ensayos del arma me habían dado fama de buen tirador, ya que como a Ud. le consta gané en la Villa unas vueltas de whisky en los concursos de tiro que se organizaron, y esto era verdad.

"El picazo comenzaba a dar muestras de impaciencia y yo deseando poner término a la presencia de tal animal le disparé el primer tiro y vi que la bala le había picado

al lado, pero el bicho ni se molestó ni interrumpió su trotecito.

"Unos tras otro fueron saliendo los tiros y así; hasta cerca de 200 metros, el zorro delante y yo detrás, siempre a la misma distancia.

"Ya me había gastado unos veinte tiros y el bicho como si tal cosa.

"Esto me comenzó a preocupar y con la consiguiente rabia y desesperación que era de imaginar, seguía descargando mi revólver siempre con el mismo resultado, el zorro seguía su trotecito y a cada tiro me daba vuelta la cabeza y sus ojos burlones me miraban como haciendo jarana de mi puntería.

"Al llegar a una senda medio borrada por los vientos, el bicho se paró y dándome una nueva y más sostenida mirada se internó por ella y desapareció.

"Preocupado ante la invulnerabilidad del zorro, traté de seguir probando puntería y le tiré otros tiros, pero ante la indiferencia del animal opté por aflojarle las riendas al picazo, pues el miedo comenzaba a posesionarse de mí, y no paré hasta que llegué a la casa.

"Esto me tuvo desvelado toda la noche y al día siguiente les conté lo que me había pasado y todos, entre ellos Domingo Yanquinado, me dijeron que se trataba de un tchequen y que según la leyenda en esas inmediaciones había enterrado un tesoro de mucho valor, ante tales noticias salí acompañado de varios de los presentes, pero no hallé ni rastros, pues un pequeño aire que sopló durante la noche había borrado las huellas y hasta el día de hoy medito en que fuí un desprevenido al no seguir al zorro hasta donde desapareció tranquilamente, como era lo que me

habían indicado que había que hacer en casos semejantes.

"Pero el miedo que se apoderó de mí, pudo más que las indicaciones y yo quise ultimar a lo que tomé por un zorro y que según me explicaron, no era otra cosa que el espíritu del dueño del tesoro que se me apareció encarnado en esa forma y así fué cómo dejé escapar de mis manos un tesoro que en Barrancas se dice que es de los más importantes que enterraron los indios".

Los indios sobrevivientes o descendientes de ellos, cuidan muy bien de no revelar el secreto si es que lo poseen, pues, es para ellos sagrado y sólo cuando reciben autorización del más allá, autorización que llega en forma de un sueño, de un animal o de otras cosas semejantes, luces o apariciones como ellos les llaman y esto sucede cuando el muerto ya no necesita de esos efectos para su vida, pues pasado cierto tiempo debe librarse de lo que se convierte en un poder maléfico. Explicación de todos los indios a quienes he interrogado sobre el particular.

A más me dió idénticos informes el señor Teófilo Prado, domiciliado en Palauco y que vivió siete años cautivo de los indios que tenían sus tolderías en El Manzano y que concuerdan con los datos procedentes de otras personas.

Este señor fué raptado en las salinas de El Diamante en el 1860 y rescatado por su padre en el año 1867, a cambio de ocho indios que había hecho prisioneros (hecho comentado por mí en Los Andes del 1^o de enero de 1934: Malargüe, su pasado, su presente y su futuro).

No hay duda que estos hechos vienen a comprobar algo que pertenece a la Metafísica y que no es de nuestra incumbencia discutir, pero que corrobora las aseveraciones

de que "los entierros sólo pueden encontrarse por casualidad o por aviso del más allá, representados en animales o aves o bien en sueños, pero en este último caso es necesario que el que sueña se ponga en campaña de inmediato, pues las horas de la noche son las más propicias para esta clase de aventuras".

No cabe duda de que hay un misterio en todo esto y que si se quiere sentar plaza de crédulo o incrédulo, es cuestión de un meditado análisis, pues no podemos calificar de tonteras hechos que tienen arraigo entre las gentes, ni podemos embarcarnos en una profesión de fe. a pesar de que dadas las circunstancias que me son conocidas, casi me inclino a creer que hay algo que escapa a nuestro conocimiento y que en lo que se refiere a las creencias de los pueblos y se relaciona con las ciencias ocultas, aun no hemos dado los primeros pasos y no podemos tildar de locos a los que se inclinen a creer en las cosas sobrenaturales, máxime cuando ellos se presentan rodeadas de tantos preámbulos y misterios.

Además, siempre se han encontrado estos objetos de bajo del esqueleto del que en vida fué su dueño, pues así le confiaban a la vez su custodia y le facilitaban el tener a mano sus alimentos y enseres y ésto tiene semejanza con todos los pueblos de la antigüedad, hasta con los egipcios, que nos han guardado en sus tumbas toda una revelación de lo que fué su vida y sus creencias.

En cuanto al caballo favorito lo enterraban al lado de la cabeza, mirando al naciente.

El hallazgo de chafalonía de oro y plata, oro en polvo, espuelas, aros, pulseras, etc. corrobora que los indios que poblaron Malal-Hué conocían el arte de fundir los meta-

les y a más, según mis informantes, conocían los crisoles y los moldes para fabricar objetos de metal.

Esto último, me interesa, dado que es uno de los puntos fuertes de mi problema, el de los **estribos indianos** hallados conjuntamente con otros efectos de metal en las tumbas indígenas y que han motivado varias controversias entre personas más o menos ilustradas.

El arte metalúrgico era conocido y ésto me lo han asegurado los descendientes de indios y los indios verdaderos con quienes he hablado y como los Huarpes, Chiquillanes, Cucyomanes, Pehuenches y otros indios que de paso tocaron la región, no eran muy duchos en la materia, me quedo conque los indios que habitaron en la región de Malal-Hué eran descendientes de los Incas que habían heredado sus conocimientos y religión.

Tengo muchas razones para aseverar esto último y a medida que avance en mi trabajo, daré los motivos y las razones que me inducen a ello.

La mayoría de los objetos de metal y figuras que los adornaban eran copiados del (huinca, blanco), pero también procuraban adornarlos con motivos propios o autóctonos, prevaleciendo el antropomorfismo o figura humana y estos motivos, guardan estrecha relación con los del Perú. (Chuma o Tomás Muñoz, Indio Vergara, Indio Yanquinado, Teófilo Prado, etc., son las personas que mayores datos me han suministrado sobre los distintos temas que trato en este trabajo y que yo les doy crédito por haberlos encontrado en la mayoría de los libros que he consultado).

Con ésto, doy por terminado este punto, no sin antes dejar sentada una importante conclusión: la de que los entierros o tchenques de Malal-Hué son muchos y que la tra-

dición no desmerece en cuanto a su veracidad, pero antes quiero citar la cuestión de la luz mala, tan común en alguno o todos los lugares y que tienen tanta importancia para las gentes del campo.

Este fenómeno al que la ciencia describe como procedente de las emanaciones de la materia orgánica en descomposición y que lo denominan con el nombre de fuego fatuo, es a veces un poco original en la forma de presentarse, y yo pregunto: ¿Puede un fuego fatuo recorrer largas distancias y variar de rumbo para regresar al punto de partida, o recorrer la región cual si se tratara de un viaje de observación?

Es esta una pregunta que yo no he podido encontrarle una respuesta adecuada, por cuanto los fuegos fatuos que yo he observado en las noches y generalmente después de alguna lluvia, son simples resplandores que aparecían y desaparecían con pequeñas intermitencias, pero no tengo conocimiento de que estos emprendan largos viajes ya sea en pos de un auto o de algún jinete, como sucede en Malal-Hué.

Son muchos los que me han contado infinidad de historias sobre estas luces viajeras y he tenido oportunidad de ver algunas que han emprendido largas excursiones nocturnas.

En Las Juntas, es ya tradicional la aparición de una luz que se coloca al lado de los autos y camiones y los acompaña desde Loma Negra hasta el citado lugar, para después de haber recorrido una distancia de cerca de tres leguas, internarse en los bañados del lugar.

Se arguye de que ello se debe a que el fuego fatuo cae en la corriente de aire que produce el coche en mar-

cha, pero los que han tenido oportunidad de disfrutar de su compañía y ver su rostro iluminado por su brillo mortecino, no creen lo mismo y he conocido a más de uno que no ha vuelto a viajar de noche por esos lados. ¿Miedo, credulidad, o qué es ésto? Lo cierto es que todos los hombres del campo con quienes he hablado, no trepidan en asignarle a estos fenómenos una procedencia ancestral y que ello demuestra que el indio creía en la supervivencia del alma y de ahí que por ningún motivo violan o revelan un secreto que les ha sido confiado, siendo ésta la causa de la dificultad para encontrar tantos efectos enterrados, pues temen el castigo del otro mundo y así es como existen indios o descendientes de ellos que prefieren hacer una vida miserable antes que recurrir a sacar algún entierro cuyo lugar conocen, pero que les está vedado hacerlo personalmente o legar su secreto mientras no reciban el aviso de ultratumba.

CAPITULO CUARTO

Los más importantes cementerios indígenas de Malal-Hue
- El Bordo de la Piedra - Bordo Amarillo - El Divisadero o
Casa de Piedra - Cómo encontré un esqueleto en el Bor-
do de Piedra - Similitud con la costumbre Quechúa o Inca
- Características de este cementerio y signos que lo
distinguen

Los indios enterraban a sus deudos siempre que les fuese posible en un mismo lugar, aun cuando para ello fuese necesario recorrer largas distancias, pero la existencia de cementerios es poco conocida debido a la falta de signos que los distinguen y aun en Malal-Hué, donde éstos deben ser abundantes, por la gran cantidad de tribus nómades y fijas que vivieron en su suelo, el número de estos es escaso, ya que en cada distrito hay uno o dos que se distinguen por algún signo, siendo descubiertos algunos por obra de la casualidad.

El primero de los cementerios que entraré a considerar, es el de: El Bordo de la Piedra, ubicado en Las Juntas.

Este cementerio debe su nombre, a que en un bordo que sirve de dique de contención a las aguas del arroyo Mocho, haciendo desviar su curso en otra dirección que

la de origen, arroyo que es formado por las filtraciones de los Ríos Atuel y Salado, se encuentra una piedra negra de forma piramidal, cuya altura es de cerca de dos metros, por igual ancho en las cara de las bases, piedra que afecta la forma de un monolito destinado a indicar o perpetuar algún conocimiento de quién sabe qué época.

Es la única que existe en esta zona de esteros y ciénagas, lo que indica que ha sido puesta allí por la mano del hombre, pues sólo así se explica su existencia en este punto, originando a la vez la denominación del lugar, por ser desde todo punto de vista un hecho saliente y que ha despertado la curiosidad de los contemporáneos.

A 150 metros al Norte de la piedra, se halla el cementerio, el que está ubicado en su extremo, vale decir, a orillas del arroyo citado.

Este consiste en una piedra redonda con una cintura de unos dos centímetros de profundidad por igual anchura, aproximadamente, y que la circunda en todo su círculo. ¿No será esta la piedra que cita Eric Bohmán y que la señala como el límite entre la civilización incásica hacia el Sur del imperio?

Pero si estas piedras que en menor tamaño son las bolas arroadizas, tuviesen ese valor, tendríamos que admitir que la civilización quechúa llegó más al Sur; pues en Barrancas fueron halladas piedras semejantes, pero podría haber sido un motivo de trueque y de ahí su existencia en esos lugares.

La piedra tiene una altura de cerca de sesenta centímetros y la cintura está hecha al centro de la misma ¿Qué misión o qué significado tiene esta piedra así preparada? Yo creo que por el lugar donde se encuentra, se trata de

un **Túmulo Funerario** o algo así, pues se ve que ha sido preparada con cierto cuidado y que ella está destinada a marcar el radio y dirección de las sepulturas.

Estas se encuentran haciendo círculo a la piedra, la que viene a desempeñar el centro de una rueda y las mismas los rayos de ella.

La mayoría de las tumbas han sido profanadas por la gente de la región, y los huesos humanos se ven diseminados por doquier.

Esta profanación ha tenido por objeto la búsqueda de efectos, pero no es en los cementerios propiamente dichos donde ellos se encuentran.

Acompañado del entonces maestro de la escuela número 1, señor Oscar Contreras Bates, y en un Ford de su propiedad, emprendimos el viaje a este lugar un domingo del mes de Abril del año 1931.

Provistos de azadones y palas y de un niño para que nos hiciese el asado y nos cebara el mate, llegamos al lugar después de una fatigosa marcha a pie a través de tembladerales y cortaderas y acompañados por el griterío de millares de aves acuáticas que nos seguían como una sinfonía interminable.

El lugar es muy característico y desde la margen opuesta, se nota como una suave colina; ese es el bordo.

La piedra la encontramos con facilidad, pues teníamos datos muy precisos y del cementerio lo mismo.

La primera tumba que desenterramos, no nos aportó nada de interés, pues la misma había sido profanada y sólo unos que otros huesos desechados se veían mezclados con la tierra.

La segunda se portó igual que la primera, pero a la tercera la suerte nos fué más propicia y dimos con un esqueleto completo, cuyas características tenían gran interés por lo original de su entierro.

Lo primero con que tropezó nuestro azadón, fué con unas losas o piedras canteadas las que formaban un cajón de unos ochenta centímetros de largo por sesenta de ancho y cuarenta de hondo.

Las piedras no estaban pegadas con ninguna mezcla y una vez sacada la tierra que las cubría fué fácil sacarlas una por una y ver que se trataban de lajas pizarrosas de las que abundan en la zona de Los Ranchitos, casi tres leguas al Oeste del Cementerio.

Por entre las ranuras que quedaron entre las juntas, se había filtrado mucha tierra, en su gran mayoría arenosa, y los restos aparecían cubiertos por ella. Nosotros creíamos que se trataba de un niño, por lo reducido del cajón, pero ¡cuál fué mi sorpresa al ver que se trataba de un esqueleto doblado y que los huesos de los pies estaban delante de la cabeza, sirviendo de apoyo a la frente y los huesos de las manos pegados a los pómulos! ¡Es de ver la clase de comentarios que hicimos con mi compañero ante tal descubrimiento y no era para menos, pues encontrar un cadáver que había sido doblado no es tan común, por lo menos así nos pareció en ese momento.

Dadas las dimensiones de los huesos, en vida debió medir de uno sesenta a uno sesenta y cinco de altura y se trataba de una persona anciana.

La columna vertebral había sido tronchada a la altura de la última vértebra lumbar y no se encontró ni cuero ni cosa que estuviese envolviendo el esqueleto, eso si

mucha grasitud que hacía que la tierra se adhiriese con facilidad a las herramientas y a las manos, pues ante este raro descubrimiento, nos dedicamos a sacar la misma con las manos a fin de no romper ningún hueso y poder apreciar su colocación.

Claro está que el cadáver debió ser doblado después de muerto, y esto a fin de cumplir con una costumbre innata en aquellos indios, costumbre que nos lleva a establecer comparaciones con las de los indios del Perú y que nos demuestra que los que poblaron Malal-Hué, si no todos, por lo menos algunos, eran descendientes o procedentes de aquellas regiones.

Los huesos estaban bien conservados y la dentadura en perfecto estado aunque gastada por el largo uso.

No presentaba ningún signo de caries y estaba fuertemente adherida a los maxilares, los que por su reciedumbre, nos habla de un tipo fuerte y robusto. La edad, dado el desgaste de los dientes, debió ser de más de noventa años, pues sólo una persona que ha vivido mucho tiempo, puede ostentar tal desgaste dental.

Sabido es que el consumo de carne cruda de caballo, vacuno y antes de éstos, de los animales que provenían de la caza, influía en la conservación y fortaleza dental.

Conté las tumbas, las que se distinguían por una especie de bordo hecho con tierra y coronado por piedras, la cuenta me dió más de veinte, las que con la cabeza hacia la piedra central, la que indudablemente desempeñó el papel de piedra funeraria, iban formando una rueda de regulares dimensiones.

Para hacer o señalar el cementerio, se debieron traer las piedras desde largas distancias, ya que en el lugar y en

muchos kilómetros a la redonda, sólo hay esteros y pantanos, poblados de lagunas y vertientes.

Las piedras de mayor tamaño no sirven ni para tirarlas con una honda y por eso llama la atención el que se encuentren allí cantos rodados y piedras grandes, las que sólo el hombre pudo colocar en ese lugar.

En cuanto a la piedra que da nombre al lugar, es una masa negra, de regulares dimensiones, cuyo peso ha de ser de unos dos mil kilos y la colocación de ella, o mejor, el traslado hasta el lugar, debió originar grandes sacrificios, pues tenemos la seguridad de que ha sido colocada por el hombre, porque está asentada sobre bases artificiales, consistentes en piedras en forma de escalones asentados sobre yeso. Ese trabajo de albañilería es un poco rústico, pero ha de haber tenido una determinada finalidad y por eso llama más la atención la existencia de esta especie de monumento antiguo en un lugar tan apartado de las sierras y entre aguadas y pantanos.

El otro cementerio, el de Bordo Amarillo, debe su nombre a la gran cantidad de romerillo, tupe, junquillo y otras hierbas que abundan en la zona. Este bordo queda al Este de Las Juntas y es notable por la abundancia de chaquiras, flechas y otros efectos hallados por las gentes del lugar, citándose: espuelas de plata, estribos y aros de plata, los que han sido hallados por don Rosario Becerra y otras personas.

No se han hecho excavaciones de importancia y también debo mencionar clavos de huesos sacados del lugar, los que afectan la forma de una alezna o punzón y que, según me explicaron, eran usados para agujerear las pieles a fin de coserlas con tientos o tendones de avestruz.

Yo no he explorado este lugar, porque en verano pululan los mosquitos y en invierno es muy castigado por el frío y a más que como las clases eran en verano, no había mayor oportunidad de hacer el viaje, pues la larga distancia que hay desde la Villa al lugar, se hace necesario disponer varios días y con el consiguiente alojamiento en pleno campo, por cuanto los puestos se hallan distantes de ese punto.

Las agujas de sílex encontradas en el mismo punto son una verdadera maravilla de paciencia, pero no las conservo, debido a que manos desconocidas me las hurtaron del museo de mi propiedad.

Por lo agudo de su punto, lo perfecto de sus bordes que imitaba los de una sierra de calar madera terciada, y por la fragilidad del material empleado, el sílex, no cabe duda que el artífice encargado de su fabricación, tenía que estar dotado de una paciencia a toda prueba y que debía echar a perder mucho material antes de conseguir una obra terminada, pues cualquier golpe mal dado, era suficiente para malograr días de paciente labor.

Las referencias relacionadas con el entierro y las ceremonias que le precedían, concuerdan con las de las Incas, y en cuanto a la antigüedad del esqueleto desenterrado por mí, los entendidos que lo han examinado, le dan más de trescientos años de existencia bajo tierra.

Esto no es mucho, ya que según referencias que se han venido sucediendo de generación en generación, este cementerio no ha sido usado desde hacen muy muchos años, y claro está, que sólo los indios hicieron uso de él, pues todos los esqueletos sacados con anterioridad a mi descubrimiento, estaban colocados en la misma forma (Ro-

co, Becerra, Cërda,, etc. habitantes del lugar y que han sacado esqueletos, me lo aseguraron así).

En cuanto a la habitabilidad del paraje si bien es buena, no por eso fué usada mucho tiempo y los indios que recorrieron esos lugares en 1658 (Aborígenes del País de Cuyo) lo encontraron despoblado.

Eso sí, las correrías se han sucedido con frecuencia, pero los caminos elegidos o preferidos eran los próximos a las sierras y los ríos, de aquí, que como la existencia de un cementerio requería que hubiese una población más o menos numerosa y fija en el lugar, la que nadie recuerda ni tiene memoria que haya existido en tiempos más o menos recientes, piérdese en la nebulosa del tiempo la existencia de la misma.

Como todas las malocas o malones eran destinadas a la asolación y rapiña en las estancias de las zonas próximas a Mendoza, de ahí que la mayoría de los indios contemporáneos de entonces, recorrieran largas distancias y emplearan largos meses en recorrerlas tanto de ida como de vuelta y más en este último caso, en que debían hacerlo con toda la impedimenta constituída por la hacienda y efectos robados, lo que ocasionaba mayor retardo.

Una de las últimas incursiones realizadas por la indiada y que dió margen al famoso proceso instaurado por las autoridades de la colonia al cacique don Bartolo, proceso transcrito por monseñor Cabrera en su famoso libro ya citado, contiene muchas enseñanzas y datos que corroboran muchos puntos sobre el pasado de los pobladores de Malal-Hué, puntos que tienden a aclarar la procedencia de los mismos, procedencia que yo me permito asegurar que era quechúa, por las muchas pruebas que he con-

seguido acumular, especialmente en lo que se refiere al arte y dibujos que lo caracterizan.

Estos son los cementerios que por la cantidad de tumbas y abundancia de efectos hallados en ellos, merecen especial atención.

No tengo referencias de que existan otros de tal importancia, ni aun en zona de Barrancas, zona que no la he recorrido, pero en cambio ha merecido la atención de un hombre que en su tiempo le dedicó especial atención a este problema: me refiero al señor Roque Jacinto Adaro, que mandó a San Luis gran cantidad de efectos arqueológicos, los que eran destinados al museo de su señor padre don Dalmiro S. Adaro, prestigioso hombre de letras de San Luis.

CAPITULO QUINTO

Algunos lugares dignos de observación y estudio - La Casa de Piedra o Divisadero ubicada entre los arroyos del Durazno y El Chacay - Las Lagunas de Llanquanelo y Cari-Lauquén - Los Cerros Mesa y Pincheyra - El Manzano: punto de concentración de las tribus que se dedicaban a maloquear en las estancias del Sur de Mendoza - Lo que decía un cautivo que vivió siete años entre los indios y en este mismo punto - El Salto del Soldado y otras narraciones que ponen de relieve los sufrimientos de los prisioneros

LA CASA DE PIEDRA O DIVISADERO - CARACTERISTICAS PRINCIPALES Y SU VALOR ARQUEOLOGICO

Hállase ubicada esta casa en los cerros distantes de Malal-Hué unas ocho leguas hacia el Oeste, y escondida entre gargantas y montes, donde hasta los baqueanos se pierden y desorientan, como aconteció con los que me guiaron hacia ella en el año 1932.

Esta casa tiene una larga historia, la que guarda estrecha relación con la vida indígena, ya que ella está vinculada a los hechos guerreros de mayor importancia y sirvió para vigilar al enemigo que avanzaba por las llanuras.

La casa no es otra cosa que un gran hundimiento formado debajo de una roca de grandes dimensiones, lo que le da el aspecto de una gran gruta, pero sin las clásicas estalacmitas y estalactitas.

Tiene unos quince metros o más de largo por unos ocho de ancho y el techo que es en forma abovedada tiene más de tres metros en la parte más alta. En las murallas se ven los restos del humo y hollín y por el suelo se ven los huesos de los animales que han servido de alimento junto con los tizones, carbones y otros efectos, los que abundan en toda su extensión, demostrando que hubo numerosos habitantes.

La casa se halla dividida por un tabique de piedra canteada y asentada con una mezcla que por su resistencia y adherencia, bien puede llamársele "El cemento indígena", pues tiene la misma característica de ésta, aun cuando las substancias empleadas son: guano de conejo y liebre, paja muy fina y sangre de buey o caballo o algún otro animal sacrificado al efecto.

Esta mezcla, aplicada en el momento de hacerla, se adhiere en forma tal, que muchas piedras al ser sacadas, han salido con trozos de ella y por su elasticidad resiste a la barreta, pues tiene el aspecto de una goma. El tabique ya citado, dividía la casa en dos piezas, siendo la última o sea la del fondo, de menores dimensiones que la primera y tenía un agujero que hacía las veces de ventana o quizás de medio de observación.

Este agujero cuyo diámetro es de unos diez centímetros, se encuentra en la parte Norte de la cueva y a una altura de medio metro del piso.

Por el desgaste existente en la pared próxima a él, se ve que era frecuentemente usado y ello da asidero a mi tesis de que se aplicaba para bombear al enemigo.

La gran cantidad de materiales de uso común dispersos en el interior de la misma, demuestra que fué visitada con asiduidad y afuera entre las piedras vecinas "calcáreas las más" se ven rayas o signos en bastante abundancia, pero ellos no guardan ninguna relación con los conocidos y parece que se tratara de la entretención de algún aburrido.

He tratado de ver si existían algunas semejanzas con los dibujos que ilustran las páginas de los libros, referentes a sus artes, pero no he visto nada de interés en ellos.

Paja, huesos quemados, pedazos de cuero, cráneos de conejos y guanacos, constituyen el principal acervo conocido y un polvillo tan sutil y picante como el rapé, el que al ser respirado produce un continuo estornudar y una gran irritación de las pituitarias.

Las pulgas abundan en promisoría abundancia y sus caricias hacen que uno les dedique mucho tiempo a la tarea de rascarse.

Otros insectos no ví, pero no cabe duda que por ser tan familiares al indio y ser uno de sus más fieles compañeros, debían haber, pero por su color no me fué posible distinguirlos en aquella semi penumbra que había en la casa.

Esta gigantesca bóveda natural y agrandada por el hombre mediante algunos trabajos de ensanche que se notan claramente, fué destinada para divisadero y en ella podían refugiarse varios indios y habitar con comodidad.

La entrada se encuentra mirando al Noroeste y es de grandes dimensiones.

No se ve que haya tenido puerta, pero dadas sus condiciones no cabe duda que debió tenerla, aun cuando yo no pude ver rastros de horcones ni palos plantados y menos hoyos en las paredes.

Las murallas ennegrecidas por el humo y el hollín existente en las esquinas, demuestran su constante ocupación.

El objeto o destino del tabique, parece que era a fin de encerrar en su interior la tumba de un cacique, enterrado en el extremo derecho al fondo de la última pieza.

Yo he visto la losa funeraria y he golpeado encima de ella, despidiendo sonoridades huecas, pero la premura del tiempo y las grandes masas de rocas desprendidas del techo a raíz del temblor, o mejor, de la gran erupción del 10 de abril de ese año, nos dificultó la tarea de sacar la tumba, pues, para lograrlo, había que colocar dinamita y para ello se hacía necesario sacar las piedras, lo que fué imposible por carecer de herramientas apropiadas.

Desde que llegué a Malal-Hué en el año 1922 y siempre que se ofrecía la conversación sobre la vida de los indios, se me citaba por dos personas: Antonio Villa e Ignacio Celis, la existencia de la famosa casa de piedra en la que había enterrado un cacique muy rico, que tenía en la puerta de entrada dos centinelas enterrados para su custodia y que esto se sabía por referencias de una india, que Francisco Carvajal tenía una carta del señor Diego Rivadeneira, en la que le comunicaba la ubicación aproximada de la casa y como dato ilustrativo, le citaba el famoso tabique hecho por los indios, para asegurar la inviolabilidad del muerto.

Esto fué lo que llegó a mis oídos y cuando averigüé lo de la carta, me dijo el citado Carvajal, que era cierto pero que se le había quemado en circunstancias que se le quemó el puesto, pero que él había ido al lugar y que después de un día de campeo, dió con ella, que no había trabajado nada porque no llevaba herramientas.

No pude ir antes porque en invierno aquellos lugares se encuentran cubiertos por las fuertes nevadas y en verano no me era posible, por no permitírmelo las tareas escolares.

En fin, en el año 1932 y aprovechando que con motivo de la erupción volcánica, la temperatura se mantenía más bien cálida, resolví aceptarles la invitación a las personas ya citadas, y fuí en busca del Velloncino de Oro.

Difícil fué dar con el lugar, pues recién después de más de ocho horas de marcha subiendo y bajando cuestras, dimos con ella.

Mi sorpresa fué grande cuando observé todo lo que a primera vista se veía, pensé que la previsión y astucia del indio era superior a lo que yo había leído en las historias, pues desde el lugar se divisaba toda la región de Malal-Hué, desde el Cerro El Diamante, hasta la Laguna de Llanquanelo, y en fin, que se dominaba todo el valle con sus principales accidentes naturales y claro está, que cualquier suceso podía notarse desde ese lugar.

La abundancia de pasto, los arroyos ya nombrados y otras ventajas naturales, hacían de éste un refugio seguro y un espléndido lugar de observación para los "bomberos de la tribu".

Lo cierto es que quedé admirado del lugar y como mis compañeros no querían alojarse cerca de la casa, por-

que penaban y se oían ciertos lamentos y ruidos, pues a ellos les pasó eso cuando vinieron en el año 1931, no querían pasar la misma mala noche de aquella época. tuvimos que descender unos doscientos metros a fin de organizar el campamento.

Yo les expliqué que ese lamento que habían sentido provenía de que el aire al entrar por la puerta en gran cantidad, no encontraba otra salida que la del agujero ya citado y que ésto producía un embotellamiento. que era el causante de tal zumbido o lamento.

Nada valieron mis razones y para sostener las que a ellos les asistía, el señor Celis me contó: "que a la noche siguiente del regreso de la casa de piedra y al retirarse a su casa como a las doce de la noche, vió caminar por las calles cubiertas de nieve, a dos mujeres con un delantal negro y que él las creyó algunas aventureras.

Que como iba un poco alegre, resolvió conquistarlas y se les puso al lado. A su saludo le contestaron con un "buenas noches" muy amable y que no le opusieron resistencia a su compañía, que al llegar a una casa en construcción, les dijo que hasta allí llegaba él y las invitó a pasar, pero al hacerlo, se descubrieron el rostro y vió dos calaveras que lo miraban sin ojos.

En dos saltos estuve en mi casa y durante varias noches no podía conciliar el sueño a causa del susto que me llevé".

El creía que esa aparición, tenía relación con los dos esqueletos que sacaron junto a la puerta de la casa y que seguramente serían de las mujeres del cacique allí enterrado y que sin duda se trataba de las alma sen pena de

aquellas desdichadas que habían sido sacrificadas al morir su dueño.

Esta explicación me llenó de asombro y asocié este hecho con los que tenían lugar en el imperio de los Incas en idénticas o semejantes circunstancias.

El huroneo en la cueva fué constante, pero sólo encontré una pieza de unión de collar, de plata, unas cuantas chaquiras, un camafeo de color azul, un botón de hueso con un agujero al medio, botón que era usado en las casacas de cuero y que era pegado a las mismas con nervios de avestruz y huesos humanos totalmente deteriorados.

En cuanto a la profanación de la tumba del cacique, nada se pudo hacer por las razones ya apuntadas y regresamos del lugar con la misma preocupación y sin develar un misterio que es apasionante, pues por tratarse de un cacique, cuyo nombre se ignora, los entierros existentes, deben ser de un considerable valor, tanto material como histórico y arqueológico.

Como ya lo he dejado demostrado, los esqueletos de los dos indios o indias enterradas a la entrada, han sido hallados, el tabique roto en casi su totalidad y sólo resta sacar la tumba, la que también está localizada.

LAS LAGUNAS DE LLANCANELO Y CARI-LAUQUEN

La celebridad de estas Lagunas es muy grande, y ella ha pasado a nosotros nimbada de un sin fin de leyendas, más o menos verídicas, leyendas que nos hablan de luchas y parlamentos, de grandes concentraciones de indios y de otras cosas relacionadas con el pasado de estas gentes, ha-

ce necesario que se les dedique un comentario, pues, bien vale la pena hacerlo.

La primera de las nombradas ocupa una gran cuenca formada por un cráter volcánico según creencia de los geólogos, pues hace pensar esto el hecho de que a su alrededor se ven grandes cantidades de escorias volcánicas dispersas en todas direcciones y a más, con motivo de las recientes perforaciones de estudio realizadas por Yacimientos Petrolíferos Fiscales, en su extremo Sur se encontró un subsuelo basáltico, que llegaba a gran profundidad, causa ésta que originó el abandono de las mismas. En cuanto al resto de la región, es una serie de esteros en un lugar otrora ocupado por el Mar Andésico, cuyas aguas cubrieron todas esas regiones y cuyo nivel anterior se nota claramente en los cerros de La Batra hasta Palauco.

Su gran manto de agua se extiende de Norte a Sur en una distancia de más de siete leguas por otras tantas de Oeste a Este.

Recibe las aguas del caudaloso Río Malal-Hué y, a pesar de que ellas, especialmente en verano, son muy abundantes, no se le conoce desagüe y ésto le da aun mayor misterio.

Tiene sus mareas y generalmente éstas son de Norte a Sur, recorriendo las aguas verdaderos mantos salinos, los que brillan con reverberaciones hirientes, ya que sus lentejuelas dispersas con profusión, semejan la nieve herida por el sol.

Sus aguas son amargas y salobres y en ellas abundan las aves acuáticas de todas clases y los peces han existido desde hacen centenares de años.

Enclavada al pie del Cerro El Nevado, cuya abundancia de guanacos es ya tradicional, se mantiene en un mismo nivel desde hacen muchísimos años y por eso se cree que tiene resumideros subterráneos.

A sus márgenes crecen grandes pastizales y ello hace propicio el que se multipliquen las haciendas y los choiques, los que han sido y son objeto de encarnizada persecución.

A una distancia de no más de dos leguas en dirección al Suroeste de la misma, se encuentra la laguna de Cari-Lauquén, la que también ha sido teatro de acontecimientos de importancia, pero a diferencia de la primera sus aguas son dulces y tiene un desagüe que desemboca en la de Llanquanelo por medio de un arroyo llamado de Los Menucos y que forma grandes esteros a ambos lados de sus márgenes.

De menores dimensiones que la anterior, es menos importante, sólo contribuye a aumentar la existencia de aves de todas clases.

Su nombre se descompone en dos vocablos, a saber: Cari, o verde y Lauquén, lago, laguna o mar, lo que nos daría Laguna Verde (Neuquén, de Félix de San Martín).

En cuanto a Llanquanelo, también es un vocablo compuesto de dos partes, pero no hay mucha exactitud o uniformidad en los criterios con respecto a su significado, pero yo me quedo con la de la región que lo da como derivado del quechúa, ya que una de sus partes, la primera, está de acuerdo con la que le asigna la Enciclopedia Espasa-Calpe, Diccionario Abreviado, Tomo 2º, pág. 872, segunda columna, décima palabra: Llanca. voz quechúa, mineral de cobre, verde azulado y Nelo, significa según me lo tradujo Teófilo Prado y Chuma Muñoz, sitio hun-

dido, hoya grande; lo que nos daría: **Hoya Verde Azulada**. Esto no es seguro, pero no deja de tener sus visos de veracidad, pues la palabra Llanquanelo no la he encontrado en los libros que han llegado a mis manos y en el ya citado Proceso, que transcribe monseñor Cabrera en su interesante libro, tampoco las da, y los indios declarantes al referirse a ella, la denominan la Launa o laguna grande, pero claro está que éste no es ningún nombre y más bien sería una deformación de la palabra, por eso me quedo con la traducción que doy, aun sin darle un valor definitivo, eso sí que tratando de copiar su significado de acuerdo con la traducción del lugar.

En el libro "Neuquén" tampoco está y ello se debe a que la toponimia en él tratada es relativa a los Araucanos y esta palabra es netamente quechúa.

El hecho de que esta laguna, que por su importancia es de las principales del interior de la República, sea denominada con ese nombre, es muy sugestivo y como en ella se han celebrado parlamentos a fin de dirimir supremacías entre las tribus, las que se peleaban por tan fértiles dominios, los que les hacían la vida fácil y que claro está eran muy codiciados por esto mismo, significa que era muy conocida de la indiada, tanto de aquende como de allende la cordillera.

LOS CERROS MESA Y PINCHEYRA

A la margen izquierda del Arroyo El Chacay y enfrente del puesto de los Corrales de Adobes, se halla el Cerro Mesa, en cuya cima que como su nombre lo indica, es

plana en toda su extensión, se han hallado infinidad de objetos; platos de madera, morteros de piedra, un candelabro de plata, infinidad de flechas y chaquiras, huesos humanos y otros efectos de poca importancia, como botones de hueso y gran cantidad de sílex.

En algunos lugares, se ven restos de murallas de piedra, que sin duda han constituido algún aduar formado por numerosos rucas.

Estas son de forma circular y las que parecen haber sido las puertas, miran al naciente, característica de todas las construcciones indígenas así como de los toldos.

Según mis informantes, ya citados, este lugar fué asiento de una tribu que vivió allí durante muchos años y que han sido halladas numerosas tumbas, pero que estos indios eran pobres, pues se dedicaban a trocar el producto de sus cacerías, con los que venían del lado del Manzano; donde habitaban los indios lobos o malos (aucaes).

Pregunté: en ese entonces, qué idioma hablaban y me dijeron que era el Araucano, pero que esa tribu era una ramificación de los Pehuenches o indios de los pinos o pinares, los que procedían de Chile haciendo el recorrido por el camino del Maule.

La infinidad de hoyos que se ven y las ya citadas rucas, denotan que efectivamente allí ha vivido una tribu fija, pues los restos de carbón, ceniza y huesos de animales existen en abundancia.

La gente del lugar en sus numerosas visitas, han inutilizado la mayoría de los testimonios existentes, y sin mayor resultado, que yo sepa.

La gran extensión de su meseta, está llena de rastros y por su ubicación de privilegio, debió ser un lugar muy seguro para el bienestar de la tribu.

El segundo de los cerros, el de Pincheyra, es más importante desde el punto de vista histórico, ya que en él encontró la muerte en una desesperante defensa, el Cacique Goico, de quien fué caballerizo el indio Manuel Vergara que aún vive en Malal-Hué y que es quien me ha dado estos datos, célebre en los anales contemporáneos de la región.

Goico se había atrincherado en este cerro, que sólo tiene una subida, la que dá al Río Malal-Hué en la desembocadura del arroyo del mismo nombre con este río, y allí murió, acompañado de sus capitanejos, pero este hecho de armas lo trato en otro capítulo.

Se ven en su cima construcciones de pirca y también tienen las mismas características de las del cerro Mesa. aun cuando las de este último se encuentren mejor conservadas, lo que significaría que su construcción data de una época más reciente.

Pincheyra es el nombre de un cacique que actuó en la zona, pero su traducción no la he encontrado y sólo se que era un indio grandote, que tenía a raya a todos los de su clase, que en una batalla cerca del Manzano fué derrotado por los indios lobos o aucas y que desde entonces no se supo más de él. Este relato me lo dió el indio Vergara.

En cuanto a los hallazgos de algún valor arqueológico, según mis informes son semejantes a los del primero y no han aportado mayor valor a las colecciones.

EL MANZANO, PUNTO DE CONCENTRACION DE LAS TRIBUS QUE SE DEDICABAN A MALOQUEAR EN LAS ESTANCIAS DEL SUR DE MENDOZA

Este arroyo, afluente del Río Grande, es uno de los más célebres en la historia de los aborígenes y si bien no es muy caudaloso, en cambio tiene una situación de privilegio, al encontrarse a orillas de un gran río, El Grande, entre hermosas vegas y aguadas, cerca de uno de los principales pasos usados por la indiada, el del Maule o Cajón Grande, fértil valle que por su feracidad, es uno de los más solicitados para el pastoreo de verano.

El lugar debe su nombre a un manzano centenario que ha crecido allí quién sabe en qué época, y que aun hoy día da una que otra manzana. Allí aconteció uno de los principales episodios que yo he conocido de oídas y que su protagonista el señor Teófilo Prado, me narró en una noche de Viernes Santo del año 1931.

Fueron estas largas horas de amena conversación y el narrador daba muestra de tener una memoria muy buena, pues a pesar de sus setenta y tantos años, no había olvidado los detalles y los hechos de un época bastante sombría. ¡Qué bien pasé aquella noche, en que hasta me olvidé del sueño, para concentrarme en contemplar el desfile de toda una procesión de seres y cosas, que fluían de los labios del narrador! ¡Qué emoción me dominaba al ver a ese hombre de blanca perita, que con voz temblona, me hablaba de sus sufrimientos y penurias y de los de otros infelices que vivieron en verdadera vía-crucis, llenando de lamentos los escoriales circunvecinos!

No cabe duda que cuando se da con una persona que, como en mi caso se trata de un archivo viviente, se adueña de nuestro espíritu un ansia de lejanías que nos conduce en viaje imaginario por todo un mundo lleno de misterios, misterios que vamos develando a medida que nos internamos en ese mundo desconocido.

El Manzano ;Qué de horrores y lamentos hanse mezclado con sus rumorosas aguas! ;Qué de gemidos han interrumpido la quietud de las escorias frías y negras como el emblema de la muerte! ;Qué de miradas afiebradas escrutando el camino de la libertad! ;Qué de reflejos hirientes habrán resbalado por sus lisas masas produciendo relámpagos y fulgores de fiebre, levantadas ante esos ojos desesperados, como un negro fantasma, dispuestas a cerrarles toda esperanza!

Fué allí donde las tribus llevaron a todos sus cautivos, los que en la mayoría de los casos, morían abrumados por las fatigas y a veces por los malos tratos de que eran víctimas.

Para muchas gentes, ese lugar constituye un baldón para la civilización y su recuerdo es la viva imagen de la barbarie levantada en pugna con la primera.

Los que han sabido de sus tormentos lo consideran un lugar maldito; tal el cúmulo de barbaries cometidas en él.

Como he tenido oportunidad de conocer a personas cautivas de los indios, es que me propongo narrarles en la forma más fiel que me sea posible, ya que en historia lo que se requiere es la exactitud del dato y no la nota más o menos literaria o imaginativa.

De todos los puntos de la región acudían las tribus a ese punto y en él se hacían las distribuciones del botín, ya

sea tomado a los huincas o a los indios mansos, pues ellos no hacían distinciones en cuanto a fuente de aprovisionamiento y tanto asolaban las estancias como las tolderías de los indios semi domesticados o mansos.

La enorme cantidad de cautivos que han sido concentrados en ese lugar nos demuestra que esas tolderías fueron muy importantes en lo que se refiere a su número y en cuanto a las haciendas robadas o criadas por el indio de allí, su número era grande, ya que contaban con valles como los de Llano Blanco y Cajón Grande, donde las engordaban, para después proceder a su faenamiento o comercio.

LO QUE DECIA UN CAUTIVO QUE VIVIO SIETE AÑOS ENTRE LOS INDIOS Y EN ESTE MISMO PUNTO

El señor Teófilo Prado, protagonista de esta interesante aventura, la que por ser un niño el que la vivió, adquiere un relieve sentimental mayor que el de cualquier otra y que la fidelidad del recuerdo y los pormenores que se narran lo hacen más valioso e importante, constituyendo una hermosa página de la vida y costumbres de un pueblo. Me narró su vida de cautivo con lágrimas en sus ojos y la noche que pasé escuchando su relato es una de las que con más agrado recuerdo, y ahí va, tal cual él me la contó, aún cuando he tratado de suprimir algunos detalles sobre costumbres, hábitos, creencias, etc. por figurar expuestos en páginas anteriores.

"Mi padre tenía una tropa de carros, con la que se dedicaba al comercio de la sal, la que sacaba de las sali-

nas del Diamante y la llevaba a vender a la villa de 25 de Mayo (antiguo fortín y población que dió origen a la actual ciudad de San Rafael, aun cuando ésta fué fundada más al Este, pero siempre se conoce con los nombres de la Villa Vieja la primera y Nueva la segunda).

"Este trabajo era muy peligroso, pues los indios hacían frecuentes correrías y todo lo que hallaban a su paso se lo llevaban y a más que en esa fecha la civilización no llegaba hasta más allá de la Villa y este punto era dominio indígena.

"Yo era el marucho y en la fecha que comienza mi cautiverio tenía cinco años de edad, pero a pesar de ello me acuerdo muy bien de esa época, pues el terror que experimenté entonces, no se ha borrado a pesar de los años transcurridos.

(Su voz se pone temblona y sus ojos parpadean con mucha rapidez lo que demuestra su congoja al evocar tan tremenda desgracia).

"Los indios se aparecieron ante nosotros dando fuertes gritos y aullidos, los que sonaban como gritos de muerte y nosotros, es decir, los hombres, corrieron a las armas, pero mi padre, ante el gran número de la indiada y lo próxima que estaba, ordenó que no hiciesen fuego a fin de evitar una muerte segura.

"Yo lloraba acurrucado en mi montura, y veía cómo le sacaban la ropa y todos los efectos de valor a mi padre y sus hombres y que las mulas las arreaban junto con sus caballos, dejando a mi padre desnudo en medio de esas soledades y ese frío, sin ningún caballo, sin aperos ni ropa para taparse.

"Una vez que un indio grandote y más feo que los otros me acomodó en la grupa de su caballo blanco, comenzó a galopar adelante, dando gritos y al parecer órdenes.

"Del susto que tenía ni lloraba, pero al acordarme de que a mi padre lo habían dejado atado a un carro en compañía de sus peones, comencé a llorar a gritos, pero cada vez que hacía ésto, el indio me tapaba la boca con su mano sucia y hedionda.

"Varios días de marcha empleamos hasta llegar a El Manzano, donde tenían la toldería. Durante las noches y mientras duró el viaje me ataban junto a un perro gruñón y viejo, o de nó, me mandaban a rondar las mulas y otros animales robados, en compañía de un muchachón más malo que ningún otro, pues me maltrataba a puntapiés y tirones de cabello.

"Cuando llegamos al campamento, formado con toldos de cuero cosido con tientos y sostenidos por horquetas de mollé, mi dueño comenzó a mandarme a todas partes.

"La llegada a la toldería, produjo gran alegría entre las mujeres, los viejos y los niños, que como se sabe, son los que quedan sin salir a los malones, el reparto de lo robado, dió origen a más de una gritería, pero una vez hecho ésto, cada uno recibió su parte y se fué a su toldo.

"Cuando ya se convenció mi dueño, que no era capaz de escaparme, me dejó libre de su vigilancia y del compañero encargado de ejercerla, el que en su lugar solía ser un indio de la tribu, mandándome solo a rondar los caballos o a cualquier otro mandado, pues no me dejaban tranquilo ni para comer. De noche dormía con los perros, sintiendo una horrible comezón que me formó un

gran rancherío, el que a los pocos días me produjo fiebre. El médico o curandero, me untó con unos unguentos y pocos días después estuve un poco mejor, pero yo no podía dormir y cada vez que veía o sentía un pequeño animal, lloraba de terror.

"Al poco tiempo, los echaba de menos, pues a fuerza de llevarlos encima, me acostumbré en tal forma, que no podía estar si no sentía su suave caricia y su picotón.

"Aprendí a hablar el indio y me familiaricé en tal forma con sus costumbres, que cuando a los siete años de cautiverio mi padre me rescató a cambio de ocho indios que hiciera prisioneros, no podía ponerme las ropas que me llevaban, el sombrero me parecía una montaña sobre mi cabeza, los pantalones me molestaban y me ajustaban en tal forma, que lloraba para que me librasen de ellos.

"Todo me parecía ridículo, los hombres con su indumentaria me parecían muñecos grandotes, y las mujeres, seres infernales.

"Mi madre lloraba de dolor al verme como semi embrutecido y como tonto, y los indios me decían que eran mis "Chaschas" o sean mis padres.

"Muchas veces sentí lamentos de los cautivos, pues la existencia siempre se mantenía y en muchos casos, ellos eran canjeados a cambio de indios de la tribu caídos en poder de los blancos.

"A fin de asegurar a los prisioneros, mientras duraba la ausencia de los hombres, les desollaban la planta de los pies y ésta era una tarea muy dolorosa y macabra, pues una vez practicada la operación, los infelices se revolcaban de dolor.

"Muchas veces se llevaron a cabo parlamentos con emisarios de otras tribus, los que venían de distintas partes, y cada vez que estos parlamentos tenían lugar, era seguro que la indiada salía en son de rapiña o a la maloca, como le llamaban a los malones.

"La luna era el almanaque que tenían y el sol parecía ser su Dios, pues en muchas ocasiones vi elevar las manos del brujo hacia él, pero algunas cosas se me han olvidado.

"También recuerdo que hablaban de un lugar muy lejano, y señalando hacia el Norte, decían que de allí habían venido sus guerreros y que el viaje lo había hecho por un río muy grande, cruzando la sierra por un paso cerca de un volcán y que ellos indicaban al sol dándole el nombre de Inti o algo así.

"Las madres que llevaban sus hijos y que eran alcanzadas y castigadas, formaban la mayoría de las víctimas y las palizas que se le aplicaba, eran tan terribles, que muchas de ellas sucumbían.

"Un soldado consiguió escapar y como los indios le bolearon el caballo y la orilla del Río Grande estaba cerca, corrió y sin mirar para atrás, saltó a la margen opuesta y esta proeza, en la que un hombre prefirió la muerte a una nueva vida de cautiverio, le valió el que desde entonces se le llame al lugar "El Salto del Soldado", pues la hazaña no es como para que la realice cualquiera, pues si bien el lugar es relativamente estrecho, no lo es tanto como para que lo haga otro que sin estar poseído del terror como lo estaba el soldado de marras, significando ello una temeraria empresa, pues la distancia es de cerca de seis metros, más bien más que menos.

"Recuerdo que la india Juana también fué cautiva y que de los cinco hijos con que se fugó, cuatro fueron rescatados por los indios y de ella y su única hija con que consiguió salvarse, tuve noticias muchos años después en la Villa de Malal-Hué, donde la conocí y ella me reconoció.

"Esta pobre india mansa, era adivina y cuando le pusieron el óleo, dejó de adivinar.

"Vi que también hacían chafalonía y los encargados de estos trabajos, eran muy hábiles." Hacían ollas y tinajas de barro, las que eran empleadas para guardar la grasa de potro o de otros animales, igualmente la algarroba, granos y otros alimentos, así como la chicha y aloja.

"Habían encargados de fabricar flechas y lo hacían con una rapidez increíble, pero no vi que las envenenaran.

"Usaban las boleadores, la lanza y el arco.

"La bola arrojadiza era un arma terrible y los encargados de manejarla, eran los hombres más fornidos de la tribu. Cuando salían en grupos a cazar, en cada grupo iban dos o tres encargados de manejar esta arma, la que arrojada con fuerza, iba mucho más lejos que las boleadoras y sus golpes eran mortales. En varias ocasiones me llevaron a sus cacerías y casi siempre regresábamos con muchas provisiones.

"Las tejedoras eran numerosas y sus tejidos se parecían a los que aun hoy día hacen nuestras tejedoras, las que por lo demás son casi todas descendientes de indios o indias directas, pues únicamente ellas sabían y conocían las hierbas tintóreas y los dibujos empleados, pues como Ud. habrá visto, en los ristros y maletas, fajas y cualesquiera otra prenda, predomina la línea recta y sus figuras son todas a base de ella".

Esto es lo principal que he creído necesario extractar de la tan interesante narración.

EL SALTO DEL SOLDADO Y OTRAS NARRACIONES QUE PONEN DE MANIFIESTO LOS SUFRIMIENTOS DE LOS PRISIONEROS

Al citar las aventuras del cautivo, mencioné de paso el soldado que llevado por la desesperación, se tiró al Río Grande en un lugar relativamente estrecho, en la esperanza de salvarse o dejar de padecer.

Este dilema, puede decirse que es de hierro, y claro está que los sufrimientos y la lenta agonía de este hombre, debieron ser superiores a su temor a la muerte, pero como no pude saber el nombre del protagonista, ni la procedencia del mismo, me concreto a dar este caso, como un ejemplo de la desesperación que dominaba a los cautivos y que provenía de los sufrimientos que debían soportar a raíz de los malos tratos de que eran víctimas. Como el lugar existe, nadie me podrá tildar de novelero y con lo expuesto, creo dejar demasiado sentado este precedente.

En cuanto a la india Juana, esta era una mujer más bien menuda y vivió en Malal-Hué durante varios años.

Los indios malos la tomaron prisionera en las tolde-rías de La Batra y se la llevaron a El Manzano, que como ya lo he dejado expuesto era el lugar de concentración de los cautivos y productos de las malocas. La llevaron juntamente con sus cinco hijos y a su marido lo mataron, degollándolo. Las penurias de esta infeliz india, no tienen nom-

bre, con decir que a consecuencia de los sufrimientos quedó media trastornada y andaba medio inconsciente.

Pero vamos a lo que importa; que es la forma cómo consiguió evadirse de la toldería y eludir la vigilancia de sus guardianes.

"Era una mañana fría y nublada. Las escorias estaban mojadas por la nieve y yo mandé a mi hijo mayor, que tenía 11 años a que me trajera el caballo que desde que me trajeron prisionera, lo teníamos cerca de nosotros, aun cuando el que nos llevó lo utilizaba como cosa propia, pero como éste era ligero, lo cuidaba y de ahí que para una fuga era de lo más apropiado. Lo ensillé con mis pilchas, que me sirvieron de cama para mí y mis hijos y colocando tres atrás y dos adelante, el menor que era una nena de tres años, la llevaba en mis brazos y otro, lo até a mi espalda. El mayorcito se encargó de dirigir el caballo y en el mayor silencio emprendimos la marcha favorecidos por la niebla.

Pero al llegar como a dos leguas al Norte, cerca del bado del Río Grande por el Carrizalito (asiento de la Sub Comisaría del lugar), que es el paso obligado para el Sur de Mendoza, uno de los bomberos me reconoció y no me quedó más remedio que aflojarle las riendas al caballo, el que emprendió una desenfrenada carrera.

Así, perseguidos y perseguidores, pues se le habían agregado otros indios llegamos hasta el Río Grande y antes de cruzarlo, uno de los niños se cayó, pero yo con el susto, no me había dado cuenta.

Cuando crucé el río, vi con terror que otro de los niños se me había caído en él y que era sacado por el que venía más cerca de mí.

Así llegué en loca carrera hasta las proximidades de unos matorrales formados por molles, pero tuve la desgracia de que me bolearon el caballo y sólo me quedaba la chiquita, con la que seguí hasta esconderme en unas cuevas. Allí permanecí dos días sin comer ni dormir. Mis perseguidores habían regresado y yo emprendí la marcha hacia Loncoche, adonde llegué al cabo de varios días.

Allí me recogieron unos indios y me incorporé poco después a los míos, pero de mi familia, sólo me quedaba una hijita.

Esta misma indiecita, fué criada por la señora Orfelina Muñoz de Flores y cuando grande decía que ella no era hija de la india y esta pobre infeliz, dicen que lloraba al ver que la hija la negaba como madre.

Entre las cualidades que tenía la india Juana, se destacaba la de adivinar, pero cuando la bautizaron, perdió esa facultad.

Era poseedora de varios tchenques, pero ni a la familia que la recogió, le reveló el lugar de ninguno, pues afirmaba que no podía hacerlo, porque los otros indios la iban a matar y por tenerle miedo a "la buca" o sea a la bruja.

Conocí a otro chileno, que también fué cautivo de los indios y que le habían desollado la planta de los pies, los que después de cicatrizados presentaban un aspecto rugoso cual la corteza de un tronco, notándose las cicatrices producidas por los tajos hechos en la piel.

LA HOGUERA HUMANA

De tal puede tildarse la masacre que llevaron a cabo los indios en el Fortín Malal-Hué, anexo a los corrales ya descriptos.

Es Chuma Muñoz el que me hace la narración. Estamos junto al fuego en el puesto de La Toma y allí mientras saboreamos un chivito, el viejito que siente especial deleite en narrar cosas de "mis tiempos", así les llama a sus narraciones, comienza su relato:

"Era en el año 1884, más o menos, las tropas del general Ortega estaban acampadas en el fortín y como la indiada los había sitiado, resolvieron hacer una salida para proveerse de carne y agua.

"Dentro del fortín habían quedado encerradas 11 personas, nueve hombres, una mujer y un niño.

"Cerca de la oración, apareció la indiada, la que trasbordando los riscos negros, trató de asaltar el fortín, pero como Ud. ha visto la puerta estaba blindada con hierro y es muy segura y los sitiados tenían tiros y armas para un buen rato, desde las troneras los tuvieron a raya hasta cerca de media noche, pero cuando los indios se dieron cuenta que los sitiados no tenían más municiones, resolvieron quemar el techo que era de paja y allí en medio del fuego y el humo, perecieron carbonizados los 11 cristianos, que fueron las últimas víctimas de la indiada sedienta de venganza por las derrotas que continuamente les infligían los soldados.

"Cuando después de una fructífera cacería regresaba la tropa, al día siguiente se encontró con el macabro cuadro del fortín quemado y los ocupantes convertidos en carbón.

"Inmediatamente resolvieron repeler la agresión y acuchillaron a cuanto salvaje vieron de este lado del Río Grande, pues los atacantes provenían del Manzano, lugar que les servía de refugio, pero después de esta acción y ante el avance de las tropas, los indios malos, Araucanos en su mayoría, emigraron a la provincia del Maule, pasando por el Cajón Grande. Desde entonces, dicen, que se sienten lamentos y por las crestas de las piedras grandes, desfilan 11 almas en pena, las que esperan o buscan a sus compañeros".

Este trágico hecho, aun perdura en las mentes de los contemporáneos de la conquista y son muchos los que me lo han narrado.

CAPITULO SEXTO

LOS ESTRIBOS DE BRONCE O TUMBAGA

Espuelas de cobre y hierro - Chaquiras, flechas, hachas de piedra y mango de madera halladas en 1932 por el señor Roque Jacinto Adaro en una salina ubicada en Barrancas - Morteros, palenque portátil, objetos de plata, botones de hueso, un camafeo hallado en la casa de piedra - La cerámica y alfarería - La agricultura - La caza y la pesca

De los objetos que mayor valor arqueológico tienen para mí, ninguno como estos estribos de bronce, los que por sus adornos, relieves y por la característica de que no se ha encontrado ningún ejemplar repetido lo que demostraría el uso personal y exclusivo del indio, por cuanto ya se sabe que éste estribaba con un solo pie y con el dedo gordo o pulgar del pie izquierdo, sirviéndole para ello, hasta una cuerda o torzal atada alrededor de la montura o del animal cuando no tenía estribos, hecho muy común si tenemos en cuenta que únicamente los caciques los usaban y de ahí lo raro de los ejemplares. La mayoría de los indios montaban en pelo y sólo los caciques y capitanejos usaban monturas con ornamentos de plata y bronce en los herrajes de los aperos.

De éstos se han encontrado ejemplares primorosamente labrados y he visto un par de espuelas de plata (sacadas de un tchenque encerradas en una tinaja de barro y que el señor Miguel Becerra le obsequió al señor Emilio Civit, quien a su vez se las obsequió al señor Alfredo Me-traux, quien las consideró una pieza de mucho valor artístico y las dió como producto de la industria indígena, que nada tiene que envidiar a las hechas por los blancos y que son muy semejantes a las que usaron nuestros gauchos, conservándose muchas en estancias y museos).

Al hacer estas disgregaciones lo hago con el fin de probar que los indios que habitaron la región de Malal-Hué, industrializaron los metales y como de los que poblaron la República Argentina, únicamente los Diaguitas conocían los primeros rudimentos de esta industria, de aquí que es fácilmente aceptable de que los autores de estos trabajos fueron los indios que emigraron del Perú huyendo de la dominación extranjera o bien que ya con anterioridad dominaron en la región, por cuanto es un hecho probado que los Incas dominaron hasta el Río Maule en la región de Chile y como este río tiene fácil acceso aquende los Andes, por el ya citado paso del Cajón Grande, no es nada difícil que extendieran sus dominios de este lado, aprovechando de las innumerables ventajas que les proporcionaba la zona, ventajas de que carecía la de Chile. Lo que me da la casi certeza de que Anco Allo y su gente arribaron a Malal-Hué, son las fechas de construcciones de importancia: Los Corrales (1650 a 58) la derrota de éstos por los Araucanos en tiempos de Almagro y por afinidad de hechos la necesidad de estas gentes de emigrar de una zona hostil en busca de descanso y sosiego lo que probablemente

te hallaron en suelo argentino, en la zona malargüense, donde abundan los indicios y rastros de una civilización Incaica probada por los dibujos de los tejidos, nombres de los lugares, caracteres raciales, dibujos hallados por el señor Tellechea en Rincón del Atuel, de una asombrosa semejanza con los de Bolivia y otros muchos datos de gran valor étnico.

Todos mis informantes, y son muchos, los que en mis largos doce años de actuación en Malal-Hué, lo han hecho, están de acuerdo en que el crisol y la fundición eran dominados por los habitantes de la región desde tiempos inmemoriales.

Ahora bien: como el objeto y fin básico del presente trabajo es llegar a un dictamen, el que no soy yo el encargado de darlo, sino el Congreso de Historia de Cuyo, a quien presento este problema arqueológico, como algo para mi fundamental prueba de la llegada de los quechúas y su civilización a esta parte del suelo argentino y que también guardaría estrecha relación con el arribo a este lugar de Anco Allo y sus indios, los que establecieron sus reales en la zona de El Manzano y sus alrededores, pues la leyenda de la Ciudad de los Césares, también tiene sus visos de realidad y "se cuenta que ésta fué destruída por el Payén, ya que algunos caciques hablaban de esta ciudad llena de oro, como algo que había existido en las faldas de este cerro, donde habían abundantes arenas auríferas", palabras de la india Agustina.

Esta versión es muy común en Malal-Hué y la firma comercial de San Rafael, Marín y Cía., organizó por su cuenta en el año 1933 una expedición a esas regiones, la que no dió más resultado que encontrar "leguas y más leguas

de campos cubiertos por una capa rojiza de escoria y lava volcánica" y en cuanto a los resultados morales, puede decirse que ellos fueron desastrosos. Pero, a pesar de ello, siempre queda en pie la duda del si o el no, del pro y el contra, y cuanto más tiempo pasa, mayor es el interés de los hombres por desentrañar este misterio y de cuando en cuando, aparece un indio o descendiente de él, pidiendo ayuda para organizar un viaje en busca de las ya legendarias pepitas de oro, que se asegura existieron en esos lugares y que fueron objeto de activo comercio en tiempo de los jesuítas y misioneros.

Por lo expuesto, creo demostrar que estas piezas arqueológicas son importantes documentos relacionados con una industria y les doy mayor importancia, porque en el Norte, en las Huacas, que tenían el mismo destino que los tchenques, no han sido hallados objetos de esta especie y sólo en el Neuquén ocurrió con anterioridad un hallazgo semejante y el señor Félix San artín, prestigioso araucanista, al comentarlo en su libro "Neuquén", los da como obra de los indígenas, ya que hay que descontar que fuese producto de la rapiña, por las razones que expondré más adelante.

Descarto que ellos hayan sido producto de la rapiña indígena, porque las caras que aparecen en relieve en la parte superior de los mismos, son de una rusticidad manifiesta, pues no guardan ninguna relación con la escultura española y sí más bien, puede decirse, que pertenece a un arte netamente autóctono, siendo sus motivos antropomorfos, es decir, basados en la característica humana, pues la primera en esa época estaba muy adelantada y si la guarda con los dibujos y esculturas del Perú.

Claro está que la aparición de estos útiles de montar no tuvo hasta después de la venida de Colón, por cuanto se carecía de caballo, objeto y fin de estos admi-
nículos. De aquí se desprende que al querer usar para sí estos elementos, copiaron los modelos que trajeron los conquistadores, pero recurriendo a su simbolismo como medio de adorno, y digo esto porque algunos de los ejemplares que obran en mi poder, tienen formas acampanadas como los que usaron estos últimos.

No hay duda alguna de que es el indio el que realizó estos trabajos, ya que de haber sido un español, ello habría acusado una decadencia artística, por cuanto la obra no estaría en relación con el desarrollo a que llegó en la época de la conquista.

Otra cosa notable y que corrobora mi tesis, es la de que en ningún momento han sido hallados de a dos estribos en una misma tinaja u olla, pues sabido es que cada entierro correspondía a una persona, y esto es una prueba de que fueron usados por los indios, los que sólo estribaban con un pie y en la mayoría de los casos, tan sólo con el dedo gordo o pulgar del pie izquierdo. pues de haber sido usados o confeccionados por los españoles, los habrían hecho de a pares, pues ellos los usaban así.

De los cuatro que forman mi colección particular, ninguna se asemeja entre sí, a pesar de que dos de ellos eran destinados para uso de los changuitos o niños especialmente, los hijos de los caciques.

Los cuatro estribos aparecen en la nota gráfica del comienzo de este Capítulo, los que para mejor comparación están numerados del 1 al 4 y lo raro de estos ejemplares puede notarse con facilidad, por cuanto aparecen

nítidamente los relieves de la cara humana y otros detalles de importancia, como los rayos del sol, etc. Todos o la mayoría de los motivos son antropomorfos y concuerdan con el método quechúa.

El estribo número 1 es el principal y mayor de la colección, pues difiere de los otros hasta en el tamaño, pues los destinados a los adultos, son unos más anchos que otros.

El material empleado, es el bronce, pero bien puede ocurrir que sea el "Tumbaga", aleación de oro, plata y cobre, pues el brillo del mismo es mayor que el de los otros ejemplares.

Me anima a dar esta opinión el hecho de que: Este material era empleado por los Chimús y los Mochikas, que desarrollaron su civilización varias centurias antes que los Quechuas, pero que fué complementada y mejorada por estos últimos en muchos de sus aspectos: material, social y religioso.

El brillo que ya he citado, y que se notó desde un principio, pues el cardenillo característico del bronce, no estaba tan pronunciado como en el resto de los ejemplares y por ello es muy posible que se trate de esta materia, aun cuando bien puede ser que haya tenido un menor contacto con la humedad, pues la persona que me los cedió nada pudo decirme sobre el estado de la tapa de la tinaja que lo contenía, dato que habría sido de mucha importancia en este caso, es mayor que en los otros.

La cabeza que lo adorna es de mayor tamaño que la de los otros y termina en punta, constituyendo la frente, un golpe dado a fin de producir un hundimiento plano.

Las partes que corresponden a la nariz, boca y ojos, son simples relieves la primera, y trazos sin mayor significación los segundos, y en el extremo de la cabeza tienen varios rayos, que no pueden significar otra cosa que los del Sol, Dios de los Incas.

Las caras laterales del mismo también representan una cara y sus partes más salientes, estando los lugares correspondientes a los ojos, nariz y boca, ocupados por caladuras que las representan, terminando el extremo inferior en tres puntas, los que representarían los tres rayos del sol con que representan las estatuas del Dios Inti o Punchán (El Sol).

Separando a estas puntas o rayos, se ven dos rayas paralelas las que representarían la Vincha, que era uno de los atributos del Inca.

Les doy este significado, porque en muchos dibujos que he visto, relacionados con estos personajes, aparecen éstos adornos como partes fundamentales de sus atavíos.

Igualmente tiene mucha semejanza con los relieves que adornan la puerta de Tiahuanaco, cuyas cabezas aparecen adornadas con innumerables rayos dedicados al Sol.

Ahora bien, este no es un trabajo forjado, se trata de una fundición y parece que ha sufrido alguna rotura, pues se ve que ha sido soldado con plata.

Entonces cabe preguntar: ¿Esta soldadura fué hecha por los indios o por la persona que los halló? Interrogué a la persona que me lo dedicó, el señor Miguel Berra y este señor me dijo que estaba así cuando lo sacaron juntamente con las espuelas que le obsequió al señor Emilio Civit.

Este estribo debió ser usado por algún personaje, pues su simbolismo es más perfecto y variado y a más está mejor terminado en todos sus detalles, pero conservando su atributo y semejanza indígena lo que demostraría más acabadamente que los indios que vivieron en Malal Hué eran procedentes del Perú, pues todas sus obras aunque dispersas por el extremo Sur de América, no han sido encontradas en tanto número como en esta zona y a pesar de la reconocida influencia de la civilización Quechúa en el Norte del País, creo que es en Malal-Hué, donde la misma se hace sentir en mayor escala.

Todo el estribo es de una sola pieza, únicamente el pedazo o pieza destinada a atar la accionera, está separada del todo, teniendo movimiento o juego.

El hueco interior correspondiente a la cabeza, no tiene ningún signo y las partes que le adornan en su exterior, parecen hechas a cincel, lo que se habría hecho después de fundido.

La irregularidad de los trazos, bordes y la desproporción de las partes, nos demuestra que la obra fué ejecutada por un artífice no muy hábil en la materia, toda vez que, como se distingue a simple vista, en las varias partes del mismo, éstas no tienen homogeneidad entre sí.

El desgaste interno, habla de su continuo uso.

La cabeza está un poco inclinada y algunas de sus rayas desproporcionadas entre sí, pues unas son más angostas que otras, aun en puntos de idéntico valor.

La nariz es grande y los ojos son simples trazos semi inclinados, los que tienen una tendencia al óvalo.

La procedencia de este ejemplar, es de una tumba sacada en Coihueco Norte.

ESTRIBO NUMERO 2

Este estribo está un poco deteriorado y en cuanto a sus adornos son diferentes al N° 1, aun cuando la cabeza está adornada como en todos los ejemplares, con rayos correspondientes al Sol.

De los relieves de la cara se destaca desproporcionadamente el de la nariz que parece media cuadrada y los trazos de los ojos, son simples rayas, es decir, que no forman nada definido.

Los dos trazos que bajan de la frente, son semejantes a los del número 1, y parece que han sido hechos por la misma mano, aun cuando esté sacado en el Bordo Amarillo, donde fué sacada una olla que contenía chafalonía y otros efectos de poco valor.

La pieza destinada a la accionera es de hierro y parece que ha sido colocada después, pues como su estado lo indica, ha sido muy usado y bien puede ser que al sacarlo le faltase la pieza original, dado que todos los otros tienen la pieza del mismo material que el estribo.

La parte lateral, es semejante a los usados por los conquistadores, pero los símbolos que lo adornan, son de carácter autóctono.

También hay notable desproporción entre sus distintas partes y sus trazos no guardan simetría.

La parte más saliente de este ejemplar son los rayos que coronan la cabeza. También es de bronce como los otros y la capa de cardenillo que lo cubre, demuestra que ha estado expuesto a la intemperie durante mucho tiempo.

ESTRIBO NUMERO 3

Destinado a los Changuitos y totalmente fundido.

Su forma difiere de los anteriores, pero no así la cara, la que también aparece a gran relieve, lo que sí que en un estilo aun más simple que en los otros.

Dos trazos representan la frente y el lugar de los ojos y la nariz la constituye un abultamiento de forma alargada, en la parte de abajo hay dos rayas de poca profundidad, pero que no tienen relación con la boca, pues éstas aparecen muy abajo.

Como todos los anteriores, éste también termina con los clásicos rayos del sol y por los dibujos, es de los más simples que forman la colección. También denota mucho uso, siendo su conservación casi perfecta.

Este fué hallado cerca de la Laguna Blanca, donde también aparecieron otros objetos de montura, como espuelas, riendas plateadas y boleadoras, con pequeñas anillas de plata cerca de la manija.

Pero de estos efectos sólo conservaban el estribo, el que lo usaban los chicos de la casa, cediéndomelo a cambio de un par de estribos de suela. Creo que no es posible negar su procedencia indígena, pues su misma simplicidad le da mayor semejanza con las obras de estas gentes.

Ahora bien; no quiero ni creo necesario insistir en que los indios conocían los crisoles y el arte de la fundición, pues ello sería incurrir en una redundancia cansadora y que no nos llevaría a nada práctico.

Pues todos los historiadores que yo he leído, lo aseguran y las pruebas dejadas sobre el particular, han demostrado esto como algo incontestable.

ESTRIBO NUMERO 4

También es de uso de los changuitos, pero difiere del número 3 en que: El material empleado parece ser cobre con muy poca aleación de estaño, pues su parecido es muy semejante al de las calderas fabricadas por los gitanos.

Los rayos del sol que coronan la cabeza tampoco son iguales al anterior, pues en el primero afectan una forma más definida y en este sus trazos son más pronunciados. Los dos agujeros que aparecen a los lados son semejantes entre sí y en cuanto a los ojos, es en éste donde aparecen dibujados en una forma más perfecta y que representan éstos con más fidelidad, pues por primera vez se ven dos líneas curvas que circundan los mismos. La nariz es muy desarrollada y la boca apenas si se percibe.

Tiene cuatro rayas que adornan la parte inferior y superior de la cabeza las que se prolongan como si delimitaran la misma.

También tiene la parte de la accionera del mismo metal y fija.

Es más liviano que el primero y aparece un poco deformado, pero esto lo atribuyo a error de fundición, por cuanto no se nota que haya sufrido algún golpe o deterioro.

Está bastante usado y es más descolorido, o sea, menos brillante.

Las caras laterales del mismo, son angostas y las adornan una parte central en relieve, la que termina en una especie de patitas, que parecen estar destinadas a servirle de apoyo, pero no tocan la mesa, lo que se podría atribuir a la combadura hacia afuera que el uso ha producido en él. Parece que la parte de apoyo del pie en un principio fué plana.

Creo que es suficiente lo expuesto sobre estas piezas arqueológicas, las que, por su misma forma, la materia, los dibujos y símbolos que los adornan, a más de la característica de haber sido hallados de uno en cada entierro, tiene la virtud de despertar la curiosidad del estudioso y con más razón la del neófito, como sucede en mi caso.

Espuelas, Chaquiras, morteros de piedra, palenques portátiles y otros objetos, flechas, hacha de piedra y mango de madera hallada en 1932 por el señor Roque Jacinto Adaro en una salina de Barrancas, botones de hueso - Un camafeo hallado en la Casa de Piedra - La cerámica y la alfarería, la caza y la pesca - La agricultura

Entre los objetos que he hallado, figuran algunas espuelas de cobre y de hierro, algunas rodajas de las mismas, que por su tamaño desmesurado, hace pensar que debía ser una gran sacrificio calzarlas en los talones, pues, debían desempeñar el mismo papel de los grillos atados a los pies del presidiario.

La espuela de cobre está repujada en sus lados y muy gastada por el uso y la acción del tiempo, pero a esta espuela yo no le doy más valor que el de la zona de procedencia y de que debió ser usada por algún soldado o con-

quistador, pues por su modelo, se deduce que se trata de un ejemplar usado hace muchos años, ya que el mismo quedó en desuso hace igual tiempo. Esta espuela fué encontrada por un indio en el camino del Cerro El Plateado, entre unos pedazos de tejas que, sin duda, pertenecieron a alguna tinaja u olla, quien la cambió al señor Joaquín Gil, comerciante de El Juncalito, distrito El Sosneado, por unos kilos de azúcar y yerba.

La espuela de hierro, es forjada, y parece haber sido usada por los primeros soldados de la conquista, por cuanto fué hallada en el camino que ordenó construir el General Roca y que partiendo del Río Barrancas hacia el Norte, llega hasta El Salitral del Choique, que es uno de los pasos que usará la ruta número 40 en su recorrido hacia los Lagos del Sur.

En cuanto a las espuelas de plata, éstas han sido halladas con mucha frecuencia, pero yo no he conseguido ninguna, ya que las que no han sido vendidas o dadas por sus poseedores, las usaban en sus monturas, pero puedo asegurar que su terminación o calado es muy bueno y que constituye una prenda de mucho valor y buen gusto.

Las chaquiras, son las cuentas de los collares que usaban las coquetas de la tribu y están formadas por piedritas de color y huesos teñidos. Estas suelen abundar en casi todos los lugares donde han vivido indios y se hallan desparramadas por el suelo, donde es fácil encontrarlas después de algún viento fuerte, el que las deja al descubierto, ocurriendo a la inversa cuando corre viento contrario.

El trabajo de estas cuentas es bastante perfecto, su forma y colores son vistosos, pues a pesar del tiempo que han

permanecido a la intemperie, no han sufrido deterioro ni decoloración alguna. Por el agujero central, pasaban un hilo que, en la mayoría de los casos, no era otra cosa que un tiento muy fino o un tendón de avestruz, si bien también han sido hallados pedazos de collares unidos con hilos de lana, pero con poca frecuencia.

Las flechas también constituyen un importante material indígena y, por lo acabado de sus bordes, lo perfecto de su forma acorazonada y la gran cantidad de material que aparece como desecho en los lugares donde se levantaban los que bien podemos llamar "talleres del flechero", pues sabido es que cada tribu contaba con un individuo especializado en la materia, el que no tenía más misión que proveer de este precioso elemento de defensa y ataque, a la tribu, la que por orden del cacique, le destinaba a los jóvenes más hábiles, para que aprendiesen dicho oficio, pues el consumo que se hacía de ellas, era cuantioso.

He visto en las barrancas del Río Malal-Hué, en el lugar llamado La Toma, grandes cantidades de sílex y obsidiana, material empleado en su fabricación, el que revela la gran selección que se hacía de las flechas, pues algunas, que cualquiera que no sea entendido en la materia las daría por buenas, pero que ellos las desechaban, ya fuese por que no estaba bien centrada la punta con la base, lo que según me explicaron ocasionaba la desviación de la misma y por consiguiente la mala dirección del tiro y la pérdida de la pieza.

Las varillas usadas en esa zona eran palos de Chacay, los que por su peso y derechura, constituían elementos indispensables para complementar estas armas.

También han sido encontrados muchos morteros de piedra, los que, por su reducido tamaño, eran llevados donde quiera que fuesen, pues se les destinaba para moler granos y en especial la algarroba.

Igualmente molían el charqui, a fin de dárselo a los niños, los que eran enseñados a comer desde temprana edad.

Las manos que completaban estos morteros, eran de piedra dura, pulida por ellos mismos, semejando en su forma una macana de reducido tamaño, ancha abajo y angosta arriba.

También conocían el molino de piedra, el que tenía mucha importancia para su vida doméstica.

EL PALENQUE PORTATIL

Consiste en una piedra dura agujereada en su centro a la que se le ataba el lazo o torzal de cuero o lana y una vez hecha esta operación, se hacía un hoyo inclinado, con la lanza, y se enterraba y mis informantes me aseguraron que era imposible que se fuese ningún caballo, pues era tan seguro y resistente como un palenque de madera y tenía sobre éste, la ventaja de que se podía utilizar en cualquier llanura. Yo he experimentado el tal palenque y veo que desempeña el mismo papel de los trozos de madera o hierro enterrados en la tierra y que se destinan a atar las riendas para sostener los palos de la luz y esquineros de los alambrados, etc.

Por su reducido tamaño y poco peso, era cómodo para transportarlo de un lado a otro y generalmente era ata-

do a la misma crin del animal o al extremo de las riendas. (Explicación dada por Teófilo Prado y Miguel Becerra, a quien se la dió el indio Coria).

También debo agregar que las ropas eran aseguradas con botones de hueso, los que sólo tenían un agujero en el centro, en el que se hacía un nudo al hilo, el que generalmente era un nervio de choique.

En cuanto al camafeo hallado en la Casa de Piedra, es de color azul y en su centro tiene la cara de una mujer. Su forma es ovalada y a pesar de los muchos años que debe haber permanecido enterrado, no ha perdido su color ni tiene mancha alguna, el significado de él lo desconozco, pero me llamó la atención el encontrar este objeto de arte en un lugar deshabitado desde largos años atrás y a una profundidad de cerca de 40 centímetros. ¿No habría pertenecido al adorno de alguna de las indias desenterradas en ese lugar, a quien se la habría regalado algún conquistador, ya que por la forma y figura, no puede negarse que se trata de un objeto de procedencia europea?

En cuanto al hacha de piedra con mango de madera, su semejanza es idéntica a las usadas por los hombres del período eneolítico y si bien nada tiene que ver con el tema de este trabajo, la cito porque la considero de mucho valor, desde el punto de vista antropológico, y la misma la mandó el señor Roque Jacinto Adaro al museo particular de su señor padre, don Dalmiro, destacado hombre de letras y Profesor de la Escuela Normal de San Luis.

LA CERAMICA Y LA ALFARERIA

He visto en muchos puestos ollas de barro cocido, y tinajas del mismo material y cuyo cocimiento era perfecto, pues por su sonido se notaban que no estaban faltas.

En cuanto al vidriado, no lo he visto en los ejemplares que he tenido a mano, pero estoy por creer que no lo usaban porque les era desconocido, o al menos, en esa zona no he visto ninguna olla ni tinaja con este material.

Las formas de las ollas, tinajas y botijones, eran bastante perfectas y nada tienen que envidiar a las hechas por los alfareros modernos.

El destino que se les daba a estos utensilios, es muy conocido, por lo que creo innecesario darlo aquí.

En cuanto a la cerámica, no me ha sido dable ver nada que se relacione con ella, pues no he visto adornos en las murallas y casas, puesto que no existen y en los objetos de barro, tampoco hay, pues éstos son lisos, sin adornos ni relieves.

LA AGRICULTURA

Desde muy remotos tiempos, han existido en Malal-Hué lugares desbrozados por el indio, y en los que sembraban todos los granos y plantas por ellos cultivadas.

En la Villa, en Río Grande, El Manzano, Barrancas, para no nombrar nada más que los muy conocidos, existen esos lugares de cultivo y que una vez alejados sus antiguos dueños, fueron aprovechados por los que vinieron a ocu-

par ese lugar, que fueron los pobladores que aun hoy en día viven en los mismos puntos.

LA CAZA Y LA PESCA

Ya lo he dicho al comienzo del presente trabajo, que la región de Malal-Hué fué la que por sus especialísimas condiciones de vida, era la más adecuada para la prosperidad y alimento del indio, pues contaba, y digo contaba, porque después de la gran erupción volcánica del Descabezado, ocurrida en la mañana del 10 de abril de 1932, la mayoría de los valles y aguadas quedaron obstruidas y destruidos por la gran cantidad de arena y material volcánico acumulado en la región, el que ha cambiado la fisonomía de la misma, hasta el extremo de que lo que antes se llamó Cañada Colorada, bien puede llamarse ahora Cañada Blanca, por la enorme cantidad de arena y otros materiales compuestos en su mayoría de piedra pómez, la que se ha acumulado en cuanta depresión, valle, quebrada o hendidura, se presta para ello; con hermosos valles, de gran fertilidad y abundantes pastos, grandes ríos, lagunas, arroyos, en cuyas aguas pululaban y pululan innumerables aves y peces y en sus llanuras, choiques, perdices, quirquinchos y muchos guanacos en sus cerros, los que les proporcionaban carne y lana, a más el cuero para sus boleadoras y toldos.

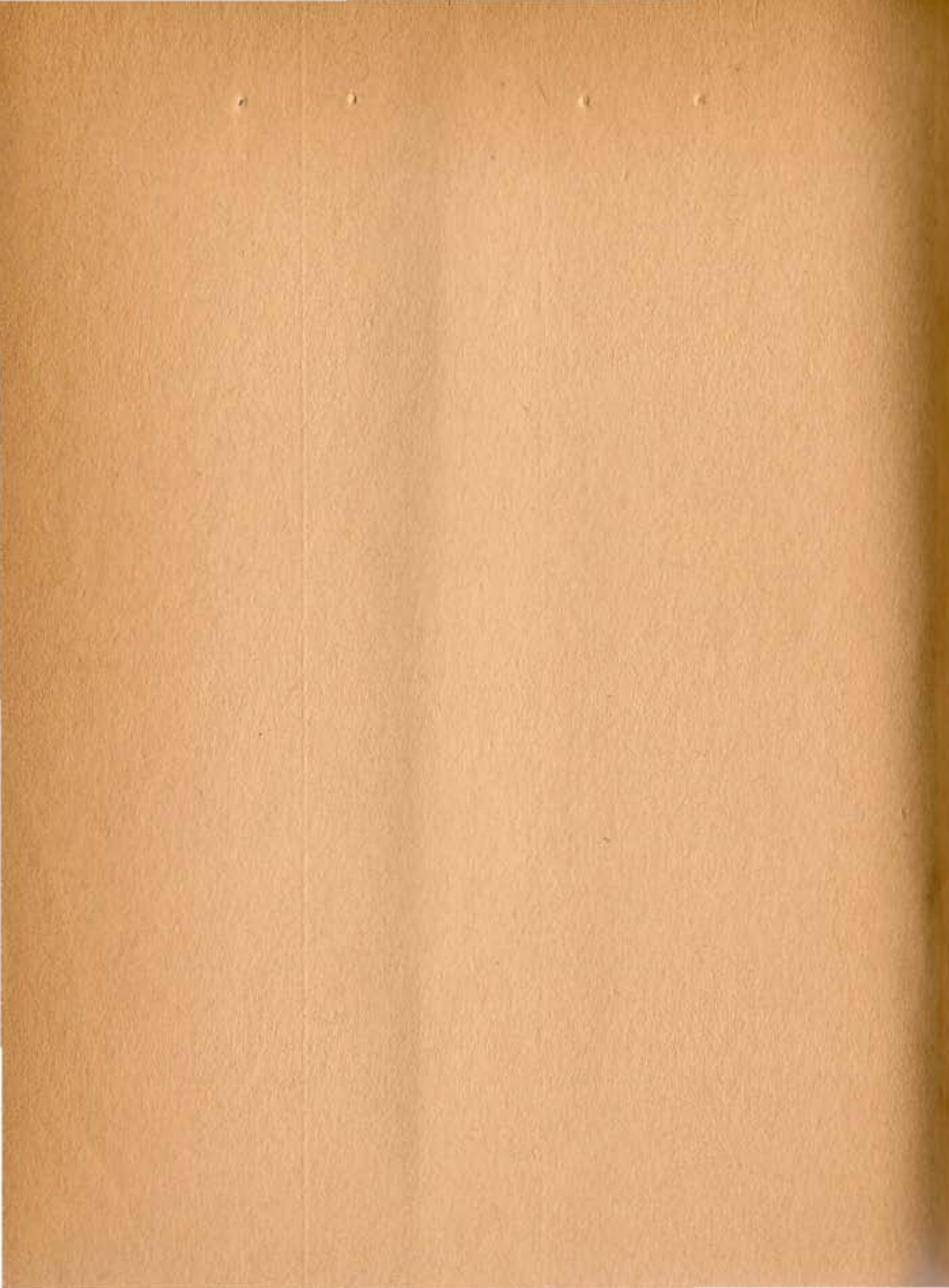
También fabricaban con el cuero de sus cogotes las huncas o bolsas destinadas a llevar agua en los viajes que duraban varios días y que por la naturaleza del terreno, travesías o desiertos, hacían necesario llevar el líquido ele-

mento para abastecerse de él en las largas travesías donde se carecía del mismo.

Aun hoy en día estas huncas son muy usadas en zonas como las comprendidas entre Malal-Hué y Agua Escondida y en El Nevado, donde sólo hay jagüeles con agua insalubre en la mayoría de los casos.

En cuanto a la pesca, era poco cultivada y sólo como entretenimiento se recurría a ella, pero abundaban los bagres y hoy todas sus lagunas han sido sembradas de pejerreyes y truchas, prometiendo para un futuro no lejano una gran fuente de recursos para esta zona.

También han abundado en tiempos anteriores las nutrias o Coipos, habiendo en Barrancas una laguna, la de Coipo-Lauquen, que debe su nombre a la abundancia de estos animales.



CAPITULO SEPTIMO

Un poco de Toponimia - Términos Araucanos y Quechúa - La muerte de José Goico y lo que cuenta el que fué su caballerizo, indio Manuel Vergara - La Conquista vista por ojos de algunos contemporáneos descendientes de indios o indios nativos - Chuma o Tomás Muñoz, Manuel Vergara, Delfina Torres, Teófilo Prado, Los Yanquinados y el indio Coria - Detalles complementarios

Muchos son los términos que hay en la región de Malal-Hué, de un valor innegable y que se distinguen de los Araucanos con mucha facilidad, siendo de procedencia Quechúa. Muchas de las palabras cuya traducción doy en este capítulo, las he visto figurar en el libro "Neuquén", lo que me ha permitido comprobar la diferencia entre una y otra toponimia, pues parece ser que en la zona de Malal-Hué, se ha hablado el Araucano y el Quechúa con preferencia a otro dialecto, siendo más numerosas las últimas que las primeras, especialmente en aquellos lugares de mayor importancia histórica. Pero creo que no está demás dar el significado de las palabras conocidas para confirmar o rectificar su verdadero significado, pues en materia de Toponimia Indígena, puede decirse que estamos en plena época de estudio y reconocimiento y no está fue-

ra de lugar el hacer llegar hasta los estudiosos algunos términos de mayor uso; los que van a continuación:

Malal-Hué — Malal, corral y Hué, lugar donde hay tal cosa: Lugar de los Corrales.

Chihuido — Cerro puntudo.

Coihueco — Coihue, jarilla y Co, agua: Agua de la Jarilla.

Llancanelo — Llanca, voz quechúa, verde azulado (mineral de cobre) y Nelo, hoya o depresión muy grande: Hoya verde azulada.

Carapacho — Es un cerro medanoso ubicado al Sur de la laguna de Llancanelo y los vientos han hecho miles de rayas y figuras en su masa blanda y medio colorada. No he podido encontrar la traducción.

Cari-Lauquén — Cari, verde; Lauquén, lago, laguna o mar. Laguna Verde.

Coipo-Lauquén — Coipo, nutria; Lauquén, laguna, etc.: Laguna de la nutria.

Eupo-Lauquén — Eupo, dos; Dos Lagunas o Mares (1).

Goico — Tampoco conozco este término, pero el indio

(1) En Malal-Hué no existe ninguna laguna con ese nombre y creo que monseñor Cabrera la da como tal, por un error de información, pues la cita al referirse a la de Llancanelo y su vecina la de Cari-Lauquén, lo que bien puede aplicarse en su valor literal, ya que la misma proximidad de ambas, daría lugar a tal denominación o sea dos lagunas o mares, pues la semejanza existe, pero los nombres son distintos para cada una en sí.

(2) En la región o sierras próximas al Nihuil, han existido numerosos tigres y circula la leyenda o versión de que un señor Montenegro se batió a duelo con uno de ellos en las cercanías del Salto.

Vergara decía que significaba agua correntosa o impetuosa, pero no he podido hallar ninguna otra referencia.

Loncoche — Lonco, cabeza; Che, gente: Cabeza de Gente; nombre de un cerro próximo a Malal-Hué, por donde va el camino al Neuquén.

Luanco — Luan, Guanaco; Co, agua: Agua o Aguada del Guanaco.

Pincheyra — Nombre de un cacique y de un arroyo afluente de Malal-Hué, que significa: Piedras Brillantes, (traducción de Vergara).

Chaquira-Luen — Joya brillante. Nombre éste que dió motivo a una composición musical del Compositor señor Rojas.

Palauco — Agua surgente, lugar existente a 12 leguas al Sur de la Villa, donde hay una vertiente que nace entre unas cortaderas y donde conocí al señor Teófilo Prado, que tantos y tan útiles datos me dió.

Chacayco — Agua del Chacay. El Chacay es un árbol de corta talla, de hojas perennes y alargadas, su madera es amarilla y muy resistente, carece de espinas y crece en los lugares húmedos, con preferencia a orillas de los ríos y arroyos serranos.

Huayco — Huay, médanos o cerrillos colorados; Co, agua: Agua de los Huaycos. Este lugar se encuentra yendo a la Escondida, cerca de los Corrales y debe su nombre, a que a lo largo del camino se ve una gran cantidad de montículos colorados, los que están formados por arenisca y arcilla, tienen aspecto de grandes montones de pimentón.

- Huinca** — Blanco. Nombre que se le daba al español.
- Auca-Mahuida** — Sierra de los potros o animales cerriles o salvajes.
- Palau-Mahuida** — Sierra de las vertientes.
- Cóndor** — Todos los informantes a quienes he consultado sobre este nombre, me han dicho que se le denominaba así, diferenciándose del Araucano que se le llama Manque, lo que nos da a este nombre como quechúa.
- Nihuil** — Famoso salto de agua del Río Atuel, paso obligado del camino de San Rafael a Malal-Hue. La traducción de este nombre me la han dado los lugareños como: Salto del Tigre, pero tigre en Araucano es Nahuel, lo que quizá se trate de alguna deformación de la pronunciación.

Ahora bien, en la parte de Malal-Hué, la dominación Araucana no ha sido tan constante, pues la mayoría de sus nombres difieren de los del Neuquén donde ésta ha dejado tan visibles huellas, sucediendo lo contrario en la primera, donde las denominaciones de los lugares se ven matizadas con las de otra procedencia.

- Quinchamalí** — Hierba medicinal buena para los cólicos. Se trata de una planta con raíz amarilla y de un sabor desagradable.
- Atamisque** — Romerillo, planta muy común en la zona y que los indios la denominan así.
- Zulupe** — Planta rastrera, cuyos vástagos forman grandes médanos verdes que dan a la región el aspecto de un mar con olas de este color. Sirve de contención a las arenas y tierras arrastradas por los vientos y a

ello se debe la formación de estos médanos. Da una fruta dulce, de color rojo y sus raíces son empleadas como astringente.

Calaguala — Planta medicinal, que crece en las alturas superiores a los tres mil metros. Este mismo nombre lo he oído a los serranos de Córdoba.

Huaca-Co — Agua del tesoro.

LA MUERTE DEL CACIQUE GOICO, SIMBOLO DEL CORAJE

Uno de los últimos caciques que gobernó a una tribu en Malal-Hué, fué el cacique Goico, muerto en el año 1884 más o menos, por las fuerzas nacionales al mando del Mayor López, el que lo encerró en el Arroyo de Pincheyra, donde pereció éste con su gente, prefiriendo la muerte a la prisión.

La procedencia de Goico es un poco discutida, pues mientras unos me informaron que venía del Sur, de la tierra de los araucanos y que él era cacique de esta raza, otros me dicen que procedía de Chile, que había venido huyendo de una tribu rival, buscando refugio en la sierra de Malal-Hué, donde se dedicó con su gente al pillaje y a los malones, causa ésta que le acarreó la malquerencia de los indios mansos que vivían en los llanos y que se dedicaban al cuidado de sus campitos y haciendas. Que por esa causa las tropas del General Ortega lo persiguieron y dieron muerte en Pincheyra, donde aun se ven las murallas que hizo para impedir que subieran sus enemigos por el único paso conocido. Allí estuvo encerrado más de un mes.

El señor Florencio Alvarez en su libro "El Sud Mendo-cino", también lo cita a Goico y varios indios que fueron contemporáneos de él.

LA CONQUISTA

La conquista se hizo necesaria debido a las constantes incursiones que los indios con asiento en esa zona, hacían a las estancias del Sur de Mendoza, las que tenían muy malas consecuencias para los temerarios colonos que se animaban a llevar su esfuerzo a esa entonces desolada región, pues sembraron el pánico y la desmoralización entre los pobladores y como la persecución a través de verdaderas travesías era un problema que estaba lejos de que ellos pudiesen resolver por sus propios medios, fué necesario que el gobierno nacional tomara cartas en el asunto de la lucha entre la civilización y la barbarie, y ya sabemos cómo epilogó y qué frutos dió, pues ya he narrado algunos episodios en páginas anteriores.

Con la eliminación del indio malo, se incorporó al trabajo y la prosperidad una extensa zona, la que sólo espera que los caminos y la mano del hombre en su fecundo laboreo, la incorpore al consorcio de las regiones de privilegio, pues, la de Malal-Hué, no merece otro calificativo.

Muchos de los nombres que he dado, pertenecen a personas que han vivido los días de la conquista y que han sabido de los azares de ella, pero como ya figuran como informantes de muchos datos contenidos en este trabajo no creo necesario insistir en una nueva mención, pues, en realidad, esta parte de su vida, no interesa al objeto y fin de

esta labor, pues, son muchos los que se han ocupado de ella.

En cuanto a la parte relacionada con la llegada a Malal-Hué de Anco Allo y su gente, la considero semi aclarada por la gran cantidad de muestras de valor y arte incaico existentes en el lugar, pues como ya lo he dejado expuesto en varios capítulos de este trabajo y las notas gráficas que ilustran el mismo, no han sido otros que los quechúas los autores de ellos, pues, como ya lo cita Monseñor Pablo Cabrera en su libro "Los Aborígenes del País de Cuyo", estas gentes fueron vencidas en Chile, lo que nos da el dato de que el viaje lo hicieron de aquel lado de la cordillera y al verse derrotados y maltrechos, buscaron el paso de Maule o Cajón Grande y se internaron en esta región, que cual ninguna otra de las recorridas les proporcionaba un seguro refugio y un lugar donde añorar sus tierras abandonadas en procura de libertad y sosiego, arrebatada por el Conquistador Pizarro.

Sabemos que la conquista del Perú fué consumada el año 1534, que este hombre emigró huyendo de los conquistadores, recorriendo con su gente más de 250 leguas peruanas (libro citado) y que para ello necesitó varios años para llegar a estos lugares, pues su viaje a través de regiones donde dominaban los Quechúas, debió durar mucho tiempo, los que le eran conocidos: pues también sabemos que la civilización y cultura de estas gentes se prolongó o extendió hasta los 37 grados de Longitud Sur". Barros Arana, Historia de América.

Yo no dudo de que estas gentes penetraron en la región de Malal-Hué, pues sus pasos han quedado marcados por las obras que han dejado y hasta creo que los corrales que dan nombres a la región, también fueron hechos por

gentes de esta raza, ya que por su grandiosidad, tienen cierta semejanza con las ciclópeas construcciones militares existentes en el Perú.

El hecho, probado, de que trabajaban los metales y de que de las tribus que poblaron la República Argentina únicamente los Diaguitas conocían los primeros rudimentos de este arte, y de que se hallen términos y palabras iguales que las del Perú, sumado a la semejanza de tejidos y sus dibujos, creo que es una prueba concluyente que vendría a corroborar esta tesis, puesto que de las civilizaciones conocidas en la Argentina, ninguna ha alcanzado rasgos tan salientes como la de la región de Malal-Hué, lo que vendría a formar una laguna cuyos afluentes estarían en el Perú y creo más todavía, que en este rincón se ha elaborado y mantenido a través del tiempo una cultura cuya ramificación debemos buscarla en esta emigración de Anco Allo y su gente, pues en ninguna otra parte se han hallado tantos motivos de afirmación como en esa zona. El profesor señor Vignate, ha manifestado que los estribos indios "son obra de los artífices indios". Puesto que el simbolismo de estos últimos es netamente quechúa y que es una prueba muy importante.

Ahora bien, como dato complementario, agregaré que en los últimos hallazgos arqueológicos ocurridos en el Perú ("La Prensa", del 5 de febrero del corriente año), en Lambayeque, Perú, se han hallado importantes hallazgos arqueológicos, piezas que, según la misma información, consistían en estatuitas de oro y de "Tumbaga", aleación de oro, plata y cobre, y que han sido ejecutadas por los Chimús, que dominaron estas regiones hacen miles de años. Si hacen miles de años que los indios Chimús alea-

ban y fundían los metales, con más razón lo harían después, cuando sus conocimientos se fueron perfeccionando con la práctica adquirida y en cuanto a que los estribos hallados en Malal-Hué, son una obra relativamente perfecta, dentro de la misma rusticidad que los caracterizaba; no nos autoriza a dudar de que fuesen los indios quienes los confeccionaron, pues creo más difícil la confección o ejecución de una estatuita que estos objetos que eran más sencillos.

CAPITULO OCTAVO

Fuentes de información y de constatación de los datos adquiridos sobre el terreno - Los libros "Neuquén", de Félix San Martín; "Los Aborígenes del País de Cuyo", de Monseñor Pablo Cabrera; "Razas Humanas", de Espasa-Calpe; "Historia de América", de Diego Barros Arana (edición chilena) y las personas citadas

Al mencionar las obras de que me he valido para confrontar datos y fechas, lo hago como un acto de justicia y homenaje hacia sus autores, pero en ningún momento he tratado de convertirme en plagiarlo, ya que mis informes sobre la materia adquiridos sobre el terreno, suministrados por testigos regionales y por las pruebas acumuladas por mí, pueden alejar toda sospecha, pues al presentar este trabajo, no he querido valerme del ajeno. El hecho de que las páginas del mismo se desarrollen en forma tan desordenada y la presencia de las pruebas ya citadas, me ponen a cubierto de ellas y si he emprendido esta por mi "empresa superior a mis fuerzas" lo he hecho porque quie-

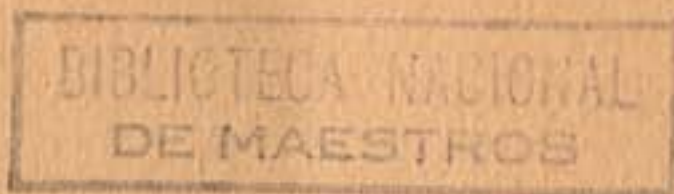
ro ver surgir la luz sobre estos oscuros problemas y si no los he presentado en una forma más amena y completa, es porque mis fuerzas no me lo han permitido.

Ha sido terminado el 20 de abril de 1937.

Los objetos que cito, quedan a disposición de los Honorables Miembros de este Congreso, para su confrontación y estudio.

Rodeo del Medio, Mendoza, Abril 20 de 1937.

Emilio León



Se terminó de imprimir esta primera edición, que consta de mil quinientos ejemplares en papel pluma, en los talleres gráficos de BEST Hermanos, de Mendoza, el quince de mayo de mil novecientos treinta y nueve.

